SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO DE AÑO NUEVO

DEMOCRACIA

DIARIO DE LA TARDE

TELEFONOS:
Dirección 0052
General 0053
SAN LORENZO 1191

PORTE PAGO

Director: José Guillermo Bertotto | ROSARIO, VIERNES 31 DE DICIEMBRE DE 1926 | AÑO II — Nº 355



Xilografía de Alfredo Guido

Que Año Nuevo nos tome alegres como esclavos confíados en la grandeza de sus dueños

CANDIA E ISELLA
INGENIEROS CONSTRUCTORES

Domingo Fontana

PINTURAS

San Juan 2081-Tel. 22161

Las instalaciones generales de electricidad de este edificio las efectúa la casa de

JUAN M. BORGONOVO

Especialista en Artefactos Eléctricos : :

CORDOBA 1171

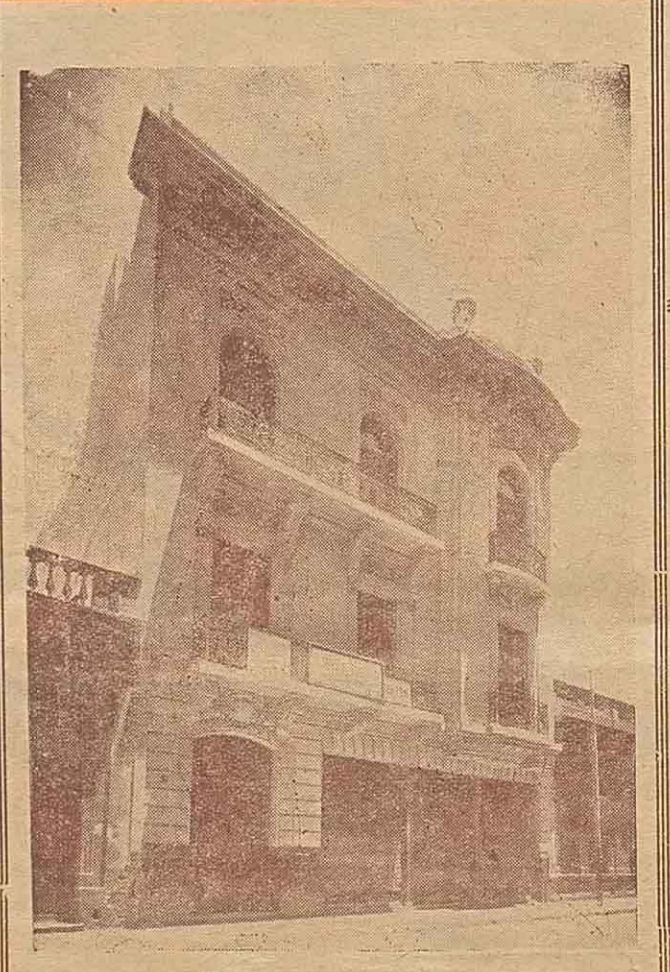
U. T. 20250 ROSARIO

Muñoz & Liñero

Escultura - Yesería
Decoración - Estuco



Teléfono 20352
ITALIA 1250 ROSARIO



Construída para el señor
Fernando M. Araya

Rafael Candia (hijo)
Constructor

Carlos Isella
Ing. Civil

C. Ciderman e hijo

PARQUETS
Y PISOS EN GENERAL

MORENO 1544 Teléf. 22259

HERRERIA ARTISTICA

Domingo Tiers

Construcciones Metálicas y Artísticas en general. — Especialidad en Puertas de Calle y Barandas para Escaleras.

CARPINTERIA METALICA

Calle RIOJA 2731

TELEFONO 20723 ROSARIO

FAVALLI, GASPAR & Cía.

FABRICA DE MOSAICOS

IMPORTADORES DE MATERIALES DE CONSTRUCCION

SALTA 1663-CATAMARCA 1660
Teléfono 4522
ROSARIO de SANTA FE

CARPINTERIA MECÁNICA

Pitassi Hermanos

Teléfono 0887
1326 — PARAGUAY — 1328
ROSARIO de SANTA FE

ASCENSORES
OTIS

Los ascensores de
CALIDAD

Otis Elevator Company

SAN LORENZO 1085
ROSARIO

Angeleri, Jacuzzi & Cía.

Construcciones de obras sanitarias — Importación de artefactos y materiales de construcción — Azulejos — Portland—Baldosas

CORDOBA 1501,
esq. PARAGUAY
Teléf. 22784 — ROSARIO

"LA INDUSTRIAL"

Marmolería, Lapidería
y Taller de Escultura

Emilio Cappella

Talleres:
SAN LUIS 1457- Av - PELLEGRINI 1802

TELEFONOS 22354 y 21080
ROSARIO DE SANTA FE

TELEFONOS:
Dirección 0052
General 0053
SAN LORENZO 1191

DEMOCRACIA
DIARIO DE LA TARDE

PORTE PAGO

Director: José Guillermo Bertotto | ROSARIO, VIERNES 31 DE DICIEMBRE DE 1926 | AÑO II — Nº 355







ORACION AL GAUCHO

GAUCHO miserable y soberbio inspiras mi oración. Alma provinciana, cuidada en la Ciudad, te añoro con amor. Y ahondan mis ojos, quejumbrosos y azules, tu áspera vía crucis, mientras los labios musitan estas humildes palabras recordatorias.

II

Fuiste irredento judío errante, sin culpa ni pecado, en nuestra tierra de jesuitas. Aprendiste a esgrimir la lanza, heroico y bárbaro, y a sufrir la cruz, manso y altivo. Romántico en toda hora, niño del azar, te reconoció el Sol como tu padre. Aventuraste la piel, desdeñando heridas, al fiero ataque de la tribu, riéndote de la muerte, frente a la gloria. No dañaste nunca a nadie, tutor de infelices; pero, te lapidaron a dicterios y estacadas. Oh, tu crimen! Tenías las estrellas del cielo en la infinita bondad de tu corazón, gaucho hermano, gaucho amigo! Ese fué tu delito mayor. Libérrimo en la inconmensurable Pampa monstruosamente yerma, y en las embrujadas serranías pintorescas y medrosas, cubrió tu esbelto cuerpo el recio poncho,—cobija y escudo, y capa, — prenda que denuncia por el uso vario la hosquedad de tu aislamiento. No estremecieron tu ágil brazo ni enturbiaron tu acechora pupila la salvaje y casi humana pelea con el jaguar, y el desafío de la partida bravucona y compacta, y las fatigantes faenas de cuerear el toro y domar el potro. Mano a mano contra los que quisieran imponías tu valor, sereno y fuerte. Había que flajelarte la vida, sí, poeta y guerrero, como a nuestro divino y carnal Señor Jesucristo! Llevabas dentro el magnífico tesoro de tu sentimentalismo. Eras como una enseñanza altruista y cristiana, inmortal versículo en medio de bandidos y conquistadores. Sangre de Quijote te cruzaste a los mandones lugareños, corriéndoles a veces la sola audacia de tu presencia. Dueño de inmenso coraje, esclavo de aciago destino, labraste el alma en largo y bello silencio para expandirla luego en tus grandes simples canciones de tierna y emocionante melancolía. Pudiste ser soberano en la aldea, como en el desierto y el monte, más la suerte te fijó la lúgubre lejanía de toda cultura Y loan tu espíritu innúmeros actos de tu santa protección, desvalido y solitario! Infortunado fatalista, desde que naciste, te formaron la miseria tuya, y la la ignorancia colectiva, y las rudezas de aquella natura y de aquellas épocas. Te persiguieron cuando ambulaste triste, y cuando lidiabas como peón, y cuando te engancharon en las filas. Pobre gaucho! Y porque te negaste a anular tu personalidad, recobrándola en las afueras, te hicieron gemir en el cepo y te fraguaron procesos viles. Levantaste, digno y gallardo, tus miradas de iracundia! Parecía que hasta Dios no se atrevía a castigar a los que te torturaron impíamente en nuestra tierra. Cambió tu trayectoria en la vida el día en que Sarmiento, en nombre del progreso, colocó el primer alambrado; ese día te alejaron para siempre de nosotros... No nos acordamos de atraerte al trabajo útil, proporcionándote una lonjita de suelo fértil.

III

Argentino que enalteció a Güemes, argentino que a fuerza de puño arrinconó las tolderías, tú gaucho miserando y soberbio, escucha mi oración .Con el alma te la digo!

Con quién desearía Vd. coquetear?

Cuál es, señorita, su ideal de hombre?

Una revista extranjera de Norte América, naturalmente ha formulado a sus lectores esta inquietante pregunta, que responde al espíritu de los tiempos actuales, en los que la coquetería parece una diversión de primera necesidad. Haciéndose cargo de esto que decimos, las interrogadas han contestado muy seriamente, y en vez de tomar a broma la cuestión, han aprovechado el momento para darnos a conocer lo que hasta hoy era uno de los más dulces misterios del corazón femenino. Todas, o casi todas, las invitadas a decir con qué hombres desearían coquetear, han respondido describiéndonos el tipo más o menos ideal que llevan en su pensamiento. La mayoría coincide en dar preferencia a los deportistas y a los profesionales del cinematógrafo. Algunas se deciden por los hombres inteligentes; otras, por los llamados intelectuales, y pocas, muy pocas, por los escritores. También existen muchas que confiesan con adorable ingenuidad que, siendo lo importante el coqueteo, el hombre determinado con quien realizarlo no supone nada. Basta con que sepa seguir el juego y tomar parte en la comedia sentimental a que se le invita.

Estas últimas nos parecen a nosotros las más francas y sinceras. Prescinden de inútiles romanticismos y van directamente al asunto, sin complicarlo con filosofías ni metafísicas, que en amor no sirven más que para entenebrecerlo y desvirtuarlo. Reconocen que la coquetería es para la mujer y para el hombre una verdadera necesidad, como dijimos, y no quieren perderse en dilucidaciones espirituales. Lo interesante es amar, hacerse la ilusión de que se ama o de que se es amada, y después vivir, ya que en la vida es tan necesaria la idea de la propia felicidad, que desgraciado de aquel que no la sustenta, tiene o abriga...

Esta ilusión, esta creencia o esta idealidad comprendemos lo importante que tienen que ser para las mujeres que, luchando en la existencia con la misma intensidad con que combaten los hombres, necesitan un poco de luz para sus vidas, atormentadas por el trabajo y el cumplimiento del inexorable e ineludible deber de las costumbres contemporáneas. Por esto no exigen un tipo determinado ni piden nada concreto, sino ese algo que ahora llamamos ilusión y antes calificábamos de poesía...

Una de las notas más pintorescas y originales de la información que nos ocupa la da una señorita que confiesa que desearía coquetear con un hombre que la escribiera largas cartas de amor, pero sin valerse para nada de la máquina. Cree que en las cuestiones sentimentales el manuscrito es tan adorable como las faltas de ortografía, y, cansada de una vida toda mecánica, sueña con otra menos perfecta, pero más humana...

Otra desea un conqueteo de "claro de luna", anhelando un hombre apasionado con quien pasear cogida del brazo por algún lugar desierto en plena noche nupcial, tranquila, hermosa y callada...

Esta es la dulce aspiración de su alma, donde alienta débilmente un puro y tierno romanticismo.

Este romanticismo humilde y un poco angustioso es el que resplandece en las respuestas más sinceras que ha obtenido la "encuesta" de que hablamos, "encuesta" a la cual han replicado muchas mujeres sin decir lo que sentían; pero que ha servido para que otras mujeres hablen con la voz de sus corazones, expresando lo que quieren y desean. Las primeras, las que, no viendo en la información periodística nada más que un medio de que vuelva a sonar su nombre, no nos interesan. En cambio, las que, aprovechando la ocasión que se les ofrecía, han tenido la virtud de contestar noble y francamente, sí nos importan, y mucho. Han tenido la virtud de hacernos pensar en que la mujer siempre es mujer, y, a pesar de todos los pesares, quiere volar, elevarse y llegar desde el coqueteo a los cielos del amor.

Juan LOPEZ NUÑEZ.



La muñeca asesinada

Era una noche de mayo. Creo que yo había bebido más que de costumbre. Caminaba de una manera vacilante. Mi fantasía inquieta me llevó como por encanto hasta cerca de las murallas de aquella ciudad, extraviándome en un barrio lejano donde se celebraba una feria.

Empezaba a llover cuando llegué. La gente buscaba refugio en los cafés de los alrededores. Yo carecía de la suficiente lucidez para imitarla. Me era imposible darme cuenta de mi situación. Iba de frac. Además, llevaba sombrero de copa. Supongo que estaba haciendo el ridículo en aquellos lugares, llenos de hombres de gorra y mujeres sin nada a la cabeza.

Afortunadamente la explanada donde encontré reunidas las barracas estaba desierta... Aún se oía alguna que otra música. El cielo, color de tinta, parecía un gran vidrio cóncavo... Yo deambulaba muy despacio. No podía fijar en nada el pensamiento.

El azar me encaminó hacia una escondida plazoleta iluminada apenas por la luz de un mechero de gas. Me acerqué a un tinglado de madera cubierto de lona gris. Pudiera haber seguido mi camino, evitando aquella detención, pero no sé qué caprichoso demonio me retuvo en tal paraje, incitándome a levantar discretamente la lona empapada...

Mi espíritu, turbado, se figuró que detrás de ella se abría la boca de algún antro obscuro.

No ví nada en el primer momento. Arrojé la burda tela sobre el techo. Entonces distinguí, destacados por la oscilante luz del gas, a cuatro individuos sentados con la mayor seriedad: un hombre de frac como yo, y cubierto también con un sombrero de copa; una mujer vestida de novia y una pareja de palurdos grotescos. Todos tenían la cara encarnada. Sonreían como bobalicones. No estaba borracho hasta el punto de ignorar que tenía delante los muñecos de un pimpam-pun. Confieso que al darme cuenta de mi situación hice un movimiento instintivo de repugnancia... Pero sentí de pronto palpitar en mí un alma infantil. Hallé sugestivo, divertidísimo, el bárbaro placer de golpear aquellas carazas imbéciles. Llamé:

—¡Eh! ¿Quién despacha?

Retumbó mi voz. Un eco me devolvió el grito. No respondió más que un trombón de circo que a lo lejos, a pesar de la lluvia se obstinaba en destrozar un vals... Pronto distinguí una cesta en la obscuridad. Dentro de ella debían aguardar las pelotas. Puesto que no había nadie, me serviría yo mismo. Cogí una. Apunté al novio... El proyectil le dió en medio del pecho. Cayó hacia atrás.

—¡Ya hay uno!—me dije.

De otros dos pelotazos derribé a los palurdos. Cayeron, produciendo un extraño ruido melancólico. Quedaba la novia. Puesto que me encontraba tan hábil no tenía por qué perdonarla. Me apoderé de otra pelota; apunté a la cabeza... Entonces me pareció que el horrible rostro de la muñeca cambiaba de expresión. Sí. Tenía delante una carita pálida y dulce, de ojos negros, inmóviles, que parecían implorar clemencia.

Yo estaba seguro de que me engañaba a mí mismo. Era mi imaginación la que prestaba una belleza interesante a aquella muñeca. Pero no tenía ya ganas de seguir tirando. Bajé la lona violentamente. Miré en torno mío. La lluvia seguía cayendo. Había algo como de cansancio en su monotonía. Continué mi solitario paseo. La música del circo lejano sonaba con aire de queja.

Apenas me alejé veinte pasos de la barraca cuando oí junto a mí una vocecilla que murmuraba:

—¡Caballero! ¡Caballero!

Temí un atraco. Aceleré el paso.

—¡Caballero! ¡Caballero! — repetía la voz obstinadamente.

Volví la cabeza. Vi a mis pies a la muñeca del pim-pam-pum. Levantaba hacia mí sus bracitos. Arrastraba enel barro su vestido blanco. Me estremecí.

—Bueno. ¿Qué farsa es ésta?

No respondió a mi pregunta. Gimió:

—Tú no has querido hacerme daño... Llévame contigo.

Sus hermosos ojos tristes me miraban con tanta ternura que no tuve valor para rechazarla. Sin embargo, la interrumpí con dureza:

—¿Qué quiere decir esto, ¿Me lo explicarás?...

Sus manos tocaban las mías. La levanté del suelo. Pesaba menos que un pájaro. Su vestido estaba empapado en agua sucia. Tenía el pelo descolorido, revuelto.

—Ven—le dije.

La cogí en mis brazos y comencé a andar resueltamente. Pero no sabía a qué sitio dirigirme. Caminé sin rumbo durante no sé cuanto tiempo. La muñeca me parecía una preciosa carga, y procuraba apartarme del camino de otros transeuntes, temeroso de sus miradas. Cuando ya estaba cansado llegué a una amplia avenida desierta. Había allí faroles de luz fuerte y blanca.

Me acerqué a uno de ellos. ¡Ah!... Me dí cuenta entonces de la enorme sensiblería de mi vino. Tenía en las manos no la niña vestida de novia que me había detenido en mi paseo, sino una muñeca vulgar, chata, de ojos redondos que parecían mofarse de mi romántico vino. No recuerdo si en aquel momento supe reírme... Arrojé la muñeca al suelo y eché a correr, despavorido.

La muñeca quedó en medio de un charco, contemplada de soslayo por la claridad temblorosa de un farol cercano. Debía parecer una muñeca asesinada.

F. Carmona NENCLARES.




Escritores mexicanos

En una encuesta sobre la nueva generación literaria de Méjico, abierta por el diario "El Mundo" poco después de la que celebró "Nosotros" sobre la juventud argentina, se formulaban estas preguntas, entre otras:

—¿Qué poetas mexicanos vivos, y mayores de tres años, son los que usted prefiere?

—¿Qué prosistas?

—Fuera de México ¿quiénes son los escritores y poetas vivos, de lengua española, que prefiere?

En las respuestas a la primera pregunta, la mayoría de sufragios fué para: Díaz Mirón, González Martínez y Tablada.

En las respuestas a la segunda, hubo mayor desacuerdo, excepto respecto de un escritor: Alfonso Reyes, a quien mencionaban casi todos los jóvenes de la encuesta. A gran distancia, le seguían Julio Torri, Genaro Estrada, José Vasconcelos, Antonio Caso, Francisco Orozco Muñoz, Francisco A. de Icaza.

En las respuestas a la última pregunta hubo gran variedad de nombres, sobre todo españoles. Los escritores del Río de la Plata que recibieron mención fueron: Lugones, seis veces; Juana de Ibarbourou, cuatro veces; Fernández Moreno, tres veces; Capdevila, dos; Ricardo Rojas, una.

NAVIDAD

El Universo está de fiesta, sonríe; hay alborozo hasta en el aire que se aspira y que bulliciosamente se traduce en músicas, cánticos, flores, cascabeles, campanas que cantan en lo alto, derroche de juguetes y de dulces que manecitas de inocentes criaturas estiran para recibir, estremecidas de purísimo placer.

Y porque esta fiesta universal celebrada por todos los pueblos que hablan distintas lenguas, que se ubican en diferentes regiones del globo terrestre, y que se enlazan en un común sentimiento de alegría universal?

¿Qué pasa? Qué motiva esta dicha que palpita en el seno de los hogares, en las calles de la ciudad, en la plaza de la aldea, dentro de los templos suntuosos o de las humildes inglesias vestidas de luces y flores?

¡Poca cosa! y con todo, la razón de esta poquita cosa, sustenta todo el dogma cristiano, que tantos se empeñan en borrar, en anular y extinguir cual un mal grave, sin comprender que existe en lo hondo del alma humana la molécula de la fé más poderosa en su fuerza expansiva que la de la mina subterránea que reduce a átomos el granito y más resistente que el diamante que se deja pulir.

Esa fé nos muetra un pesebre donde entre pajas, se reclina el Hijo de María, que elespíritu de los pueblos ama y venera en pleno siglo XX, festeja en su natividad como cuando nació en el establo de Betlem en el siglo I de nuestra era.

La leyenda cristiana ilumina el cuadro encantador de una virgen de belleza celestial, que contempla a Jesús-Niño y lo adora recién nacido entre las rubias pajas del pesebre.

La caverna, encendida en luz divina, muestra a José de Nazareth, varón justo, velando este primer sueño.

Un buey y un asno, miran con ojos dulces, con ojos casi humanos, al divino niño y lo envuelven en la tibia caricia de su resuello.

Tanta debilidad conomovedora, tanta humillación del Rey de los cielos, conquista para siempre el corazón de la humanidad.

Entretanto, sencillas zagalas y pastores cantan y bailan en su rededor.

¿Quién los ha invitado a este regocijo, a obsequiar así a este niño desconocido y humilde?

¡Misterio!

Una estrella esplendorosa ha viajado por el firmamento con marcha desusada para los astrólogos, hasta venir a coronar con un dosel de celestes reflejos, la gruta de Belén y tres magnates poderosos, movidos por fuerzas también misteriosas, llegan de tierras de leyenda a traer perlas de Oriente, mirra, polvo de oro y gomas de olor, para ofrecerlos a Jesús.

Con hechos tan simples cuanto inexplicados, se celebra la primera Navidad sobre la tierra bíblica. Hoy, a su sola evocación, el mundo hace paréntesis a su fatiga diaria, a su rudo luchar.

Penetra alborozado en los templos cristianos, dobla la rodilla con extraña conmoción en el alma, y con los ojos nublados de lágrimas puras, por que son las que la visión de Betlem trae a la pupila, recuerda a todas las madres, a todos los niños, a todos los hombres, el miterio poético y conmovedor de la Natividad de Jesús.

Navidad de 1926.

Carlota Garrido de la Peña.

Guirigay

Amo el gerundio. No lo puedo remediar. Todos los que le desacreditan es que no han visto su panza. La panza del gerundio no produce indignación como la de los burgueses.

* * *

Estoy condenado a vivir. Nada tan horrible, con lo que me gusta la de los demás.

* * *

Cuando se muere uno de aburrimiento es señal de que se ha divertido bastante.

* * *

Ese punto con que termináis una idea tiene algo de crimen, un crimen ortográfico. Todos claváis la pluma en el corazón de la idea, menos con los puntos suspensivos. Los puntos suspensivos no hacen má que espantar las ideas.

* * *

La vulgaridad es necesaria. Sin vulgaridad no habría nunca hombres originales.

* * *

No hay cosa que me preocupe tanto como una carta sin abrir. Seguramente el que me la envía no tuvo más idea que cerrarla.

* * *

Cuando nos miramos a un espejo, el que nos mira es el espejo. De ahí que las criadas no limpien los espejos.

* * *

Ningún fruto tan desacreditado como la manzana. Sabe terriblemente a manzana.

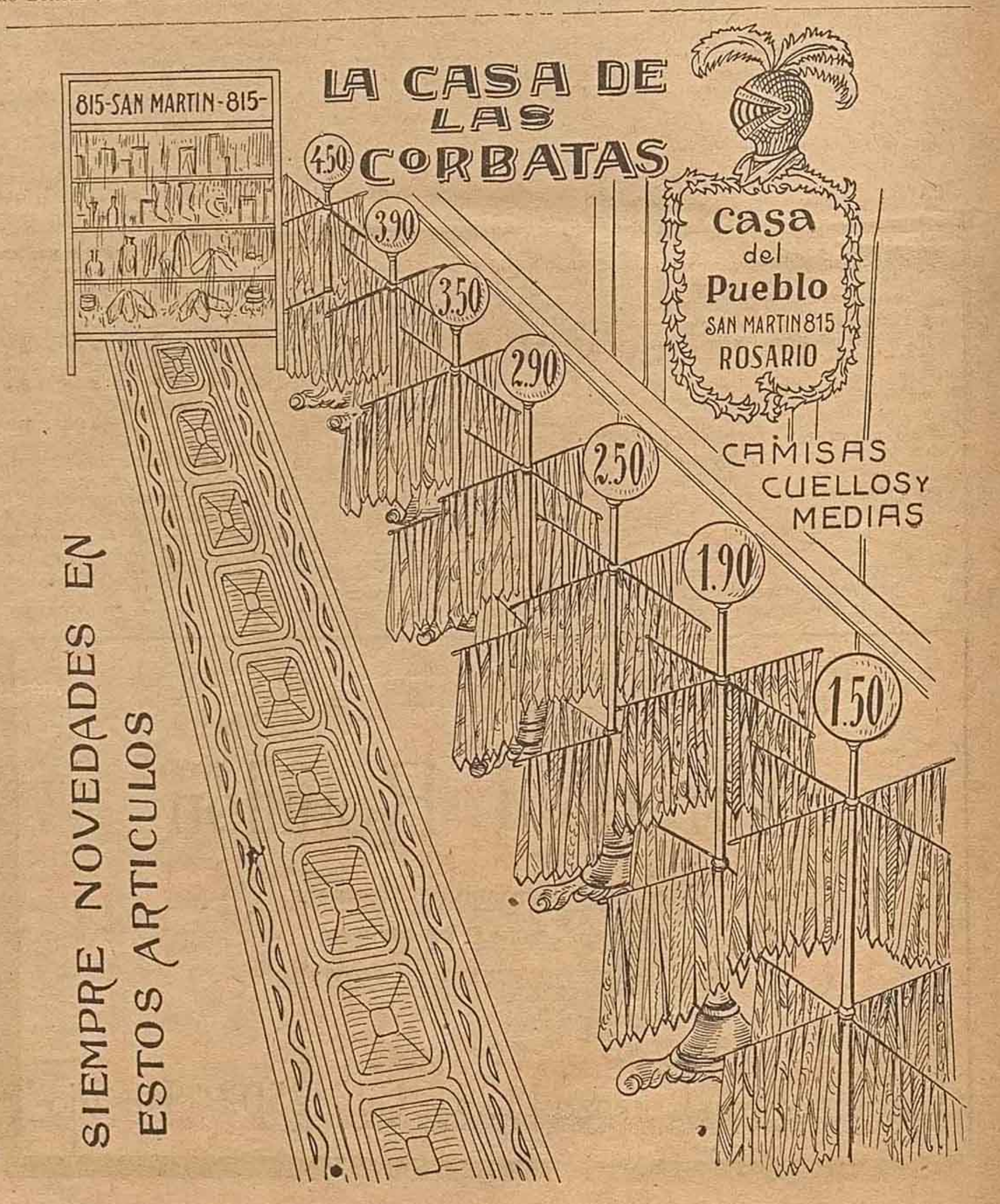
* * *

Las mujeres sonríen con tanta frecuencia que engañan al marido por no dejar de sonreír.

* * *

A veces los faroles se emborrachan de tal forma, que extravían a los transeuntes.

Adolfo CUENCA.



¿Fumaban los antiguos?

Creencia muy generalizada es la de atribuir a los americanos la costumbre, vicio o lo · que sea de fumar.

Sin embargo, no es raro el encontrar en los Museos arqueológicos piezas de madera, y algunas hasta reforzadas más o menos artísticamente con metal, pertenecientes a épocas prehistóricas, las cuales parecen ser pipas en su estado más rudimentario. ¿Qué objeto tenían esas especies de pipas?

Nada en concreto se podría afirmar si no viniesen a apoyar nuestra opinión autores de indiscutible autoridad.

Herodoto, al reseñar la expedición de Ciro entre los masagetas, dice que en una isla cercana a la comarca que ocupaban vivían unas gentes que se alimentan en verano de toda clase de raíces, mientras que en invierno lo hacen con los frutos que guardan al efecto en los silos. Además, dice Herodoto, han hallado unos árboles con frutos muy especiales. En sus festines encienden fuego, y, sentándose a su alrededor, tiran en él algunas frutas de dicho árbol; y cuando aspiran el humo que da dicha fruta, se vuelven borrachos, como los griegos con el vino, y cuanto más humo aspiran, más borrachos se vuelven, hasta que acaban por bailar y cantar.

Lo mismo dice el geógrafo romano Pompilio Mela de otro pueblo de la antigüedad. Estos desconocían el uso del vino; pero durante sus banquetes arrojaban ciertas semillas al fuego, y al aspirar el humo les producía una pesadez muy parecida a la borrachera del vino.

Plutarco confirma la anterior costumbre, y añade que las semillas procedían de una hierba que nace cerca de los ríos, y muy parecida al orégano.

Pinio preconiza este sistema de fumar como medida muy saludable, y asegura que algunos pueblos lo usaban para limpiar el tubo digestivo de toda clase de lombrices, especialmente de la tenía (solitaria).

Añade que eran varias las clases de granos que se usaban, y que solamente bajo el punto de vista de la salud fumaban los pueblo que cita, y jamás por placer o vicio.

Sin embargo, hasta ahora el método de fumar empleado por los pueblos antes citados difiere completamente del moderno, y nunca en rigor debe llamarse fumar a aspirar humo de una hoguera.

Por eso Pinio, en oto lugar es más explícito. Dice textualmente: 'El humo de las raíces del tosilago, puestas a la mitad de un tubo, debe sanar las más pertinaces toses; pero es preciso tomar luego un poco de vino".

Como se ve, tanto la literatura griega como la latina están conformes en este punto, y todos consideraban la aspiración del humo de plantas como acto saludable y jamás como vicio.

Quizá por eso, por considerarse como agente terapéutico, no se generalizó el fumar, hasta que después de relegado al olvido de los siglos, pareció novedad cuando descubrió Colón el Nuevo Mundo".

Guillermo RITTWAGEN..



Relatividad

Alberto Cifuentes atravesó como una exhalación el "hall" del Claridge; desdeñando el ascensor, subió de cuatro en cuatro los escalones hasta su piso y cruzando el pasillo, precipitóse en sus habitaciones.

Encendidas las luces, Bautista, el ayuda de cámara, bregaba con los equipajes, absurdos para un hombre incapaz de estarse quieto un mes en ninguna parte. Alberto arrojó la enome pelliza de "petit gris" sobre una silla, y sin tomar resuello comenzó por meterse prisa:

—¡Pero, hombre, por Dios!... Creí que tendrías ya listo el equipaje. Son las cuatro, y a las seis están aquí los "autos de la Princesa Straswinsky a buscarnos. — Luego suspiró:— ¡Qué cansado estoy!... Lo peor es que no puedo ni echarme un rato, porque luego...

Bautista, resignado con su suerte, pero con esa confianza de los viejos servidores, permitióse en discreto reproche:

—Si no sé cómo el señor conde puede. Es él aquel de no parar... Hoy París, mañana Londres, al otro Sevilla o Venecia o Tánger...

Vagamente halagado en su vanidad de moderno "Julio errante" que en vez de la cayada para correr el mundo tuviera "rolls royces", yates, hidroaviones, sonrió. Era verdad: desde muy niño habíanle acostumbrado a correr mundo, y cuando, muy joven aún, vióse dueño de los millones fabulosos, prosiguió la carrera desenfrenada por el mundo que con mucho, mucho dinero, juventud, salud y fuerzas, acababa por resultar como la pista de un velódromo en que una bicicleta en carrera desenfrenada vuelve siempre

Sin poderlo remediar, pensó en voz atla ahora:

—Es que el mundo es muy pequeño, tan pequeño, que casi bastan unos meses para recorrerlo todo, como una casa de que nos que remos mudar sin encontrar substituto.

Y al decir esto acordóse de improviso de las palabras de "Heer profesor" Memling, el sabio alemán, que el snobismo de Leticia Palatino había sentado a su mesa aquella noche.

—El verdadero drama de la vida actual—había asegurado — es que los hombres hemos aprendido a medir el tiempo y el espacio sin dominar ninguna de los dos; sí, eso es, sabemos medirlos; pero lo que nos hace defecto es nuestra vida misma.

Razón tenía el vejete, que con su melena blanca y sus redondas gafas recordaba al doctor Caligari de la película.

Y Alberto, antes de emprender el éexodo, sintióse cansado, aburrido, hastiado de él.

———

El paisaje tenía la fría y luminosa transparencia de un cuadro de Patinir. La casa solariega, severa y sobria, en aquella estribación de la montaña, ponía una nota serena al paisaje. Delante, praderas verdes y robledales; más abajo, un huerto, que con sus frutos de oro tenía mucho del Jardín de las Hespérides; detrás, los nevados picachos recortándoze sobre el cielo de zafiro.

Alberto, no viejo aún, pero en una madurez otoñal, leía aquel libro de versos, llenos de una pía belleza de renunciamiento.

Sin quererlo, en la paz crepuscular recapacitó: ¿Por qué estaba allí?... Ni sacudidas violentas ni dramas, ni catástrofes, nada. Y justamente, en aquel vacío hallábase quizá la exégesis de su renunciamiento.

Primero, en el correr, correr sin objeto que antaño equaparara a la marcha de un velocípedo en un velódromo; después, los altos en la vida errante en que la atroz sensación de vacío le impelía a seguir; en fin, las llegadas tan frías y solitarias, que sólo pudiera halsar su igual en de la barca de Caronte a la Isla de los Muertos. Entonces, en la inutilidad para hallar un refugio, refugióse en sí mismo.

Y ahora, meditando en la paz infinita de las cosas, recapacitó que era inútil buscar un espacio que nuestra vida, en su breve duración, no nos daría tiempo a medir, ni un tiempo que se prolongaría siempre sin término. Pero pensó también que, según el filósofo griego, nosotros somos un "microcosmos" o universo en pequeño, y que en ese mundo interior,en nuestro dolor o nuestro placer, nuestro amor o nuestro odio, nuestra abnegación o nuestro egoísmo, está el refugio; que en nuestro jardín interior está la encantada fuente que no encontraremos en el mundo.

Antonio de HOYOS y VINENT.

HOMENAJE A PENSADORES

Un grupo representativo de escritores cubanos ha publicado un manifiesto por el que convocan al pueblo a tributar un homenaje a los dos ilustres pensadores y escritores Manuel Sanguily y Enrique José Varona, "encarnación viviente de los ideales de la Revolución Cubana: rebeldía perenne contra la opresión y el peculado, respeto nunca desmentido a la Ley de la República, ininterrumpida labor por nuestra completa independencia".

EL BRUJO

Federico García Sanchíz en Montevideo

Era en las horas mágicas de la infancia. Un hombre vestido de negro aparecía en el escenario de un teatrillo cualquiera, con su sombrero en la mano, que mostraba vacío al público, y en seguida comenzaba a sacar de él toda clase de objetos heteróclitos: un pañuelo, un pájaro, un rollo de papel, una flor, cuchillos, una cinta larga, larga, tan larga que no terminaba nunca de salir...

Han pasado muchos años... La vida nos ha hecho tolerantes, escépticos y un poco fatigados...

Y he aquí que de pronto nos llega un día, no sabemos de dónde, acaso de la Luna, acaso de Sanghai, un hombrecillo de frente baja y de cabellos espesos y revueltos, con una boca grande y expresiva, dos ojos negros y afectuosos, y el rostro surcado, hendido, trabajado, profundamente labrado por la reja de la vida...

Y este hombrecillo vestido de negro se presenta una noche en el escenario de Solís, un escenario desnudo y frío, cerrado por las banales cortinillas verdes de todos los escenarios. Se presenta así, sin más trebejos que una caja de música y sus dos manos desnudas y vacías. Y he aquí que de la caja de música empiezan a salir notas graves y profundas, de terciopelo vivo, tan cálidas, que están arrancadas a un metal enrojecido al obscuro en los altos hornos. Y luego son notas cristalinas, como si hubieran escapado de la caja todas las campanas colegialas repiqueteando alegres en una mañana de sol...

Y entretanto las manos,, esas dos manos habladoras y creadoras y modeladoras, que están siempre llenas de una arcilla dócil, van creando cosas maravillosas que el brujo coloca en el escenario de Solís, a su lado, a su alrededor, más lejos, en el fondo, a los costados; y lo va llenando de una muchedumbre de objetos, de personas, de animales, de monumentos, de flores..., todos vivos, animados, que se mueven y hablan y cantan y danzan... El "Miguelete" de Valencia, la Giralda, la catedral de Toledo, calles de Sanghai, una rusa romántica, un diplomático "frelaté", como en las comedias de Abel Hermant, glicinas del apón, gheisas que caminan sobre sus pintorescos calzados de tacones, un kimono bordado de dragones fabulosos, el talle casi aéreo de las celestes de ekín. Eugenia de Montijo bailando un vals, el traje de luces de "El Espartero", un cementerio de Oriente, sedas maravillosas de todos los tonos que acarician como una carne de mujer, lacas vivas, marfiles enfermos de nostalgias, un claro de luna sobre los canales de Venecia, Trini la Malagueña... Se oye una seguidilla; duerme Brujas entre los tules de sus brumas; pasa un inglés flemático; una yanquita baila el "chárleston" al compás ensordecedor de un "jazz-band"; haymulatos de cabellos ensortijados y de tez caliente y mate; perfuman las flores paradisiacas de la Riviera, mientras las sórdidas viejas de Monte Carlo esperan reconquistar en la ruleta sus pasados triunfos de amor, de gloria o de fortuna... Relumbra el cielo deslumbradoramente azul de Tánger, y reverberan al sol sus casas encaladas...

Hay tanta maravilla ahora en el escenario de Solís, que nos perdemos en él, extáticos, absortos, tan lejos de nosotros mismos, que no somos ya sino niño maravillados; niños, divinamente niños, ingenuamente niños, oyendo los relatos encantados de Perrault, o aquel otro niño grande también que quedó tantas noches embelesado escuchando los mágicos relatos de Sheherazada...

Y no otra cosa es este hombrecillo brujo, que con la sola magia de sus manos desnudas y de la oculta caja de música de su voz realiza el gran prodigio de volvernos niños: un Perrault redivido, un moderno avatar de Scheherazada...

Y este es su arte, su embrujamiento, su poder de encantador de serpientes. Ahí está la serpiente multicorpórea, el monstruo de las mil cabezas, Medusa asustadora que sabe silbar y morder y envenenar... Ahí está, tendida a los pies de su encantador, vencida, domada, "encantada" por el misterioso poder de la voz engañadora que la arrulla y la mece y la acaricia y la aduerme y la arebta en sus alas a través de la distancia, sobre el mar y sobre la montaña, en comarcas lejanas, bajo cielos intensos o ciudades de agua...

Y "hay también"... El cuento mágico ya no está en pasado, como los añorados de la infancia. Las hadas existen, poderosas, que nos transportan al golpe de su varita mágica, a distancias fabulosas y a países de ensueño... ¿No es acaso la invisible lámpara de Aladino la que cambia así, de pronto, el escenario de Solís en este país extraño en que paseamos ahora?... Sí, la lámpara existe. Yo la ví una mañana, almorzando con él en el Prado. Y la ví una noche, sentada a su lado, mientras tomábamos té en el escritorio de mi casa; y otra vez volví a verla, cenando con él, en el Alhambra... Brillaba en sus ojos negros, y sus manos la frotaban de pronto, en el aire, para hacernos viajar impensadamente a regiones fabulosas de color y de luz... Y yo me sentía con el alma ingenua ydeslumbrada de la niña soñadora y aventurera que fuí, cuando tendida en el suelo, bajo las tinajas innumerables del enorme patio colonial de mi casa, me transformaba en el Robinson de las selvas de América, donde cazaba fieras bajo la espesa y lujuriosa vegetación que me cubría; y me hacía pequeña, pequeñita, encogiéndome toda bajo las patas de las tinas para que las hormigas y los insectos todos que subían por el talo de los jazmineros o de los helechos gigantes pudieran adquirir las proporciones asustadoras de los tigres y de los leones...

Y ahí está el secreto de sus éxitos. Porque sinceramente él se hace niño; llega directamente, García Sanchíz, al niño eterno que llevamos en todos nosotros; y nos hace puros e ingenuos, con un deseo extraño de renovarnos por los viajes, y nos hace soñadores, ávidos de cuentos maravillosos que rompan la costra espesa de nuestra vida cotidiana y nos sumerja en un baño luminoso de despreocupación, de novedad, de frivolidad...

Encanta porque no obliga a pensar, porque nos hace olvidar el pensamiento torturador de cada día; porque nos abre puertas insospechadas por donde contemplamos horizontes diversos, cielos nuevos, bajo los cuales soñamos con el imposible hecho certeza, de alejarnos de nosotros mismos...

¡Ah, qué profunda filosofía la de esta frivolidad! Cáscara amable y ligera que recubre una oculta, una enorme trascendencia; pero tan bella, tan artísticamente disimulada, que hay que buscarla como el buzo, en el fondo del mar. Como en los cuentos de Perrault, como en las narraciones de Scheherazada...

Por las horas de infancia revividas; por el calor de simpatía; por la inmensa visión de Arte; por el ansia de aventuras y de viajes despierta al embrujamiento de su palabra; por todo ese maravilloso panorama desplegado ante nuestros ojos extáticos, de tierras y de soles, de árboles y de agua; por una humanidad distinta y siempre semejante a sí misma que ha hecho desfilar ante nosotros: Federico García Sanchiz, amigo nuestro y mío, gracias...

Montevideo, octubre 1926.

Luisa LUISI.

Los ladrones, sus víctimas y el Prefecto

Desde hace una temporada, los laboriosos ladrones de París realizan operaciones diarias.

La vida, en este infierno maravilloso, es muy cara, y, por lo que se ve, los artistas de palanqueta están decididos a vivir aunque tengan que aumentar sus horas de "trabajo".

Después del espectacular robo "puesto en escena" en el famoso castillo de Chantilly, donde los "aplaudidos actores", para llevarse cierto histórico brillante del tamaño de un ladrillo "evolucionaron" sobre los fosos en improvisada "pasarela", y en competencia con las segundas tiples de los teatros de revistas, los ladrones entusiasmados, sin duda, con este ruidoso éxito, se "filtran por las paredes" como los muertos por mi tocayo señor Tenorio.

Y la policía francesa, que no está preparada para descuubrir estos "secretos de bastidores" fracasa entre los regocijados comentarios del público, de la prensa y hasta de los propios robados.

El explorador Charcot, la última víctima, por ahora, dedicó a sus des conocidos ladrones unas substanciosas advertencias escritas y redactadas en estos o parecidos términos:

"He podido poseer una pequeña fortuna; las expediciones y las misiones recientes realizadas en nombre de mi país, unidas a la guerra en la que tomé parte a pesar de mi edad y al fisco de la postguerra, se la han llevado en gran parte.

Hasta mis medallas de oro han sido trasmutadas en papel y reproducidas en vil metal; por lo tanto, los ladrones no encontrarán dinero en mi hotel.

Lo poco que queda, es decir, lo necesario para pagar los impuestos mobiliarios, se halla en un Banco.

En cuanto a las ricas colecciones traídas de mis viajes, consisten en todo y por todo en un pingüino disecado que roe la polilla y en un par de botas de esquimal.

Por otra parte, no necesito añadir que lo poco que tiene algún valor y que se ha salvado de la última visita rateril está en lugar seguro.

Os ruego, pues señores rateros, que si deseáis algo de mi casa me lo pidáis tranquilamente y trataremos de llegar a un arreglito.

No asusteéis a mi mujer ni a mis hijas, que son buenísimas, y no os arriesguéis tontamente a un golpe que podría daros en un momento de cólera, ya que jamás fuí miedoso y poseo aún vigor suficiente para tiraros por el balcón. Me sois más simpáticos, sobre todo si estáis necesitado, que los que han hecho que encontréis natural ejercer tan peligroso oficio, mientras ellos peroran y se lucran en nombre de utopías que yo quisiera ver realizadas.

Si necesitáis un par de zapatos, yo os los daré, y seguramente mejor que el que os habéis llevado, ya que éste estaba agujereado, y tenía un clavo que salía en el interior de la suela izquierda, detalle cómico que os confieso me dió algo de pena, por el daño que hace sobre todo cuando el paciente tiene prisa por irse".

—

De publicarse en los periódicos españoles y con semejante oportunidad, estos humorísticos consejos, nuestro admirador señor Del Valle quizá presentaría la dimisión de la Jefatura de Policía.

Porque se puede disculpar el salir a la busca de los ladrones y no encontrarlos; pero que en lugar de ellos sea "capturado" el ridículo, resulta un "prefecto" desprestigio del prefecto.

Juan BRASA.

CANTARES

Llama la felicidad
una vez en cada puerta;
si no la abren en seguida,
ni vuelve más ni se espera.

Triste del pobre que marcha
por la vida abandonado
de la fé y de la esperanza

No condenes sin oír,
ni castigues sin piedad;
si así lo haces, de seguro
que no te arrepentirás

Como eres tan traicionera,
ni yo me atrevo a quererte,
ni a desear que me quieras.

Sé que pido un imposible;
pero Tú, que haces milagros,
Dios de infinita bondad,
haz que esté siempre a mi lado.

No quiero amor de limosna;
quiero amor correspondido,
que dure toda la vida
y digno de mi cariño.

José DOZ de la ROSA.

POEMAS DE AMOR

I

Acababa noviembre cuando te encontré. El cielo estaba azul y los árboles muy verdes. Yo había dormitado largamente, cansada de esperarte, creyendo que no llegarías jamás.

Decía a todos: mirad mi pecho, ¿veis?, mi corazón está lívido, muerto, rígido. Y hoy, digo: mirad mi pecho: mi corazón está rojo, jugoso, maravillado.

II

Quién es el que amó? No lo sabréis jamás. Me miraréis a los ojos para descubrirlo y no veréis más que el fulgor del éxtasis. Yo lo encerraré para que nunca imaginéis quién es dentro de mi corazón, y lo meceré allí, silenciosamente, hora a hora, día a día, año a año. Os daré mis cantos, pero no os daré su nombre.

El vive en mí como un muerto en su sepulcro, todo mío, lejos de la curiosidad, de la indiferencia y la maldad.

III

Esta madrugada, mientras reposaba, has pasado por mi aliento corto, para no despertarme, te deslizaste a la vera de mi balcón.

Yo dormía, pero te vi en sueños pasar silencioso: estabas muy pálido y tus ojos me miraban tristemente, como la última vez que te ví.

Cuando desperté nubes blancas corrían detrás de tí para alcanzarte.

IV

Enemigos míos, si existís, he aquí mi corazón entregado. Venid a herirme.

Me encontraréis humilde y agradecida: besaré vuestros dedos; acariciaré los ojos que me miraron con odio; diré las palabras más dulces que jamás hayais oído.

V

En este crepúsculo de primavera yo volaría, sí, yo volaría.

Si no fuera que el corazón henchido, cargado, dolorido, enorme, llena mi pecho, dificulta mis movimientos, entorpece mi cuerpo y me mantiene adherida a la tierra donde tú vives, ¡oh mío!

VI

Por sobre todas las cosas amo tu alma. A través del velo de tu carne la veo brillar en la obscuridad: me envuelve, me transforma, me satura, me hechiza.

Entonces habla para sentir que existo, porque si no hablara mi lengua se paralizaría, mi corazón dejaría de latir, toda yo me secaría deslumbrada

VII

Cada vez que te dejo retengo en mis ojos el resplandor de tu última mirada.

Y, entonces, corro a encerrarme, apago las luces, evito todo ruido para que nada me robe un átomo de la substancia etérea de tu mirada, su infinita dulzura, su límpida timidez, su fino arrobamiento.

Toda la noche, con la yema rosada de los dedos, acaricio los ojos que te miraron.

VIII

Palidez de tu cara desangrada! ¡Zumo de nomeolvides atravesando entre napa y napa de la piel!

Cuando aposenté la rosa muerta de mi boca fuí, sobre aquella pureza, más ligera que la sombra de la sombra...

XI

Te amo profundamente y no quiero besarte.

Me basta con verte cerca, perseguir las curvas que al moverse trazan tus manos, adormecerme en las transparencias de tus ojos, escuchar tu voz, verte caminar, recoger tus frases.

X

Cuando recibí tus primeras palabras de amor, había en mi cuarto mucha claridad.

Me precipité sobre las puertas y las cerré.

Yo era sagrada, sagrada. Nada, nadie, ni la luz, debía tocarme.

XI

Estoy en tí.
Me llevas y me gastas.
En cuanto miras, en cuanto tocas, vas dejando algo de mí.
Porque yo me siento morir como una vena que se desangra.

XII

He pasado la tarde soñándote.

Levanto los ojos y miro las paredes que me rodean, como adormilada.

Los fijo en cualquier punto y vuelven a transcurrir las horas sin que me mueva.

Por fuera anda gente, suenan voces... Pero todo eso me parece distante, apartado de mí, como si ocurriera fuera del mundo que habito.

XIII

Tañido de campanas, grosero tañido de campanas: herís mi alma y asustáis en esta hora mis finos pensamientos de amor.

XIV

Estás circulando por mis venas.

Yo te siento deslizar pausadamente.

Apoyo los dedos en las arterias de las sienes, del cuello, de los puños, para palparte.

XV

Pongo las manos sobre mi corazón y siento que late desesperado.

—¿¿Qué quieres tú? Y me contesta:—Romper tu pecho, echar alas, agujerear las paredes, atravesar las casas, volar, loco, a través de la ciudad, encontrarle, ahuecar su pecho y juntarme al suyo.

XVI

Te hablé también alguna vez, en mis cartas, de mi mano desprendida de mi cuerpo y volando en la noche a través de la ciudad para hallarte.

Si estabas cenando en tu casa, ¿no reparaste en la gran mariposa que insistente, te circuía ante la mirada tranquila de tus familiares?

XVII

Oyes tú la vehemencia de mis palabras?

Esto es cuando estoy lejos de él, un poco libertada.

Pero a su lado ni hablo, ni me muevo, ni pienso, ni acaricio.

No hago más que morir.

XVIII

Tú, el que pasas, tú dijiste: ésa no sabe amar.

Eras tú el que no sabías despertar mi amor.

Amo mejor que los que mejor amaron.

XIX

Amo y siento deseos de hacer algo extraordinario.

No sé lo que es.

Pero es un deseo incontenible de hacer algo extraordinario.

¿Para qué amo, me pregunto, si no es para hacer algo grande, nuevo, desconocido?

XX

Venid a verme. Mis ojos relampaguean y mi cara se ha transfigurado.

Si me miráis muy fijo os tatuaré en los ojos su rostro que llevo en los míos.

Lo llevaréis estampado allí hasta que mi amor se seque y el encanto se rompa.

Alfonsina STORNI.



ALFONSINA STORNI

Duerme tranquilo

Dijiste la palabra que enamora
A mis oídos. Ya olvidaste. Bueno
Duerme tranquilo. Debe estar sereno
Y hermoso el rostro tuyo a toda hora.

Cuando encanta la boca seductora
Debe ser fresca su decir ameno.
Para tu oficio de amador no es bueno
El rostro ardido del que mucho llora.

Te reclaman destinos más gloriosos
Que el de llevar los negros pozos
De las ojeras la mirada en duelo.

¡Cubre de bellas víctimas el suelo!
Más daño al mundo hizo la espada fátua
De algún bárbaro rey... y tiene estatua.

La chusma milenaria

I

Par ti, chusma hambrienta, chusma oscura,
chusma vil, chusma abyecta, chusma impura,
con avidez y entrañas de chacal:
chusma que pudres y corrompes todo
con la hedionda inmundicia de ese lodo
que amasas en las charcas de tu mal;
para ti, que quisiste, chusma aviesa,
precipitarme en la aventura espesa
de tu propio cinismo malhechor;
para tí, que atacaste mis orgullos
e intentaste matar con malos yuyos,
de mi hidalguía la preciada flor;
para ti, que escupiste mis victorias
desde el fondo fecal de tus escorias,
porque no quise tu maldad endiosar;
para tí, que serás toda la vida
una envidia hecha carne corrompida
o un bastardo procaz del lupanar;
para ti, chusma asquérrima, insolente,
con estigma y viruelas en la frente
y nauseabunda lepra en la moral,
yo levanto mi voz de peregrino
y, frente a la emboscada del camino,
te grito la energía de mi ideal!...

II

¡Oh, tu sola presencia me repugna!
Mi almo idealismo, que en ló etéreo pugna,
te tiene asco, miedo, compasión,
Asco, por tu moral puerca y mugrienta;
miedo, por tu destino, chusma cruenta;
lástima, por tu cruel desolación!

III

Cuando oigo las blasfemias ladradoras
que espetan tus miserias corruptoras;
cuando escucho tu largo y triste andar
por los largos caminos desolados,
pienso en todos los pobres desgraciados
que azotas, chusma ruin, en tu pasar!

IV

Pienso en esos que sufren tus maldades;
en aquellos que lloran sus ruindades,
maldiciendo tu nombre, chusma vil:
pienso en todos los pobres de la tierra
a quienes amedrenta y hasta aterra
tu diente venenoso de reptil!

V

¡Cuántas noches de invierno, chusma abyecta,
derramaste el ludibrio de tu secta
sobre el friolento y desgraciado hogar!
Cuántas noches golpeaste en las ventanas
de mi retiro augusto, do son vanas
las malignas ofensas del ladrar!

VI

¡Cuántas noches oí como rondabas
la casa de los buenos, de las babas
de tu boca querían penetrar!
¡Oh, maldita bazofia de la mente,
más sucia, más cobarde y pestilente
que el cuero de la "chusma" sin hogar!

VII

La roña de esa "chusma" que los ricos,
—que también tienen pútridos hocicos,—
llaman así, con aire femenil,
no es roña de alma, no, es otra roña:
una roña sin baba ni ponzoña,
una roña entrapada, más no vil!...

VIII

Tu roña "chusma real" tiene veneno,
tiene baba, diatriba, sarro obsceno,
y no se limpia con agua ni jabón,
tú la llevas adentro, en el cerebro,
en la simiente de tu instinto negro,
en el alma, la lengua, el corazón!

VIIII

El hambre de esa "chusma" que los cresos,
—que también tienen sus colmillos gruesos,—
llaman así, con asco y con desdén,
no es hambre de cerebros luminosos,
no es hambre de festines espantosos,
porqué es hambre de pan y hambre de bien!

X

Tu hambre chusma ruin, es de conciencias,
hambre perversa, hambre de fulgencias
morales, hambre de ajena condición;
no es el hambre del pobre que no ladra
ni con infames canalladas labra
el pedestal del odio y la ambición.

XI

Tu hambre es farisaica; peligrosa
y torva como una oscura fosa
disimulada en medio del zarzal.
Tu hambre es más siniestra y condenable
que cualquiera otra hambre: es un sable
que va en pos de lo bueno; criminal.

XII

Tú, no sabes de buenas intenciones,
del glorioso ritmar de las canciones
hechas de amor, y de esperanza y fé.
Tú, no sabes de francas actitudes,
porque vives, te mueves y sacudes
en las sombras, que son tu fiel pavés.

XIII

Tú, no sabes de luchas y peleas
a pleno sol. Y todas tus ideas,
de muerte y de maldad ideas son.
Tú, no sabes de nobles altiveces.
No tienes ni carácter. Pequeñeces
solo llevas en tu alma y corazón...

XIV

Por eso vives agria, y bien proclamas,
con tus burdos engaños y soflamas,
el rito de tu propia pravedad.
Por eso eres calumnia y cobardía.
Por eso cuando alumbra el sol del día
te escondes, sigilosa en la oquedad!

XV

Para mi, tu naciste de reptiles,
más biliosos que todos los reptiles
que puedan este mundo envenenar;
para mi, tu eres sangre de culebras
más traidoras que todas las culebras
que puedan a los hombres traicionar.

XVI

¡Oh, más dignos que tú son los que roban,
los que matan y mas, pero no adoban
su crimen en la ombra fantasmal!
Yo canto a los que matan en la lidia
luchando con la espada sin perfidia
por su honra, su dama y por su ideal!

XVI

Mas repudio al cobarde que se oculta
del fuerte, y en la embrollada turbamulta
la daga es el primero en sumergir.
Aplaudo a los que caen como leones,
pero aquellos que vencen con traiciones,
ni los quiero mirar ni maldecir...

XVII

Oh chusma, chusma, que bajuna vida
la tuya, mala carne corrompida
amortajada con grotesco tul;
ante tí dioses son los malhadados
varones, los chatos mutilados
los zarposos castrados de Stambul!

XVIII

Arrastrando tu parva estrafalaria,
pobre chusma salvaje, atrabiliaria,
veinte veces infame y secular,
vas cruzando la vida sin conciencia,
sin ideales, sin fé, sin una creencia
que puédate, al final reinvindicar!

XIX

Pobre vida la tuya... Pobre y vana:
vivir sin un ideal en la mañana
y en la noche sin un ideal morir; ;
vivir haciendo el mal y envenenando,
volcando hiel, acibar, e injuriando
al pasado, presente y porvenir...

XX

Oh, tu vejez será como ninguna:
dolorosa, fatal, sin sol, sin luna,
hecha remondimiento, acusación,
con montañas de piedra amenazantes,
y con buitres que esperan anhelantes
la piltrafa macabra de ración!...

XXI

Que así mueren los viles y cretinos
nacidos para dar en los caminos
la artera puñalada al vencedor:
sin obtener el triunfo, derrotados
por sus propias bajezas y apiastados
por el fruto del mal, que es su labor!

XXII

Mientras tanto, los fuertes siguen siendo
lo que fueron ayer; distribuyendo
sus semillas de amor, de bien, de paz:
limpia y alta la frente paladina
y el alma bien serena y argentina,
inmune a tu balcón, chusma falaz!...

Alfredo MARTIN FREI.

DESNUDANDO EL ALMA

Desnudar el alma, desgarrar uno por uno los velos que la cubren y con las manos en alto y la mirada fija en el cielo ofrendarla al mundo, es un gesto impositivo, que por sí solo, descubre todo un carácter.

El poeta, casi siempre desnuda su alma; siente como la necesidad imperiosa de volcar en sust versos todo ese puro manantial de la luz viva que irradia en su frente y así cantan sus estrofas la emoción que cada uno de los instantes arranca a su espíritu que sueña. A través de los versos vemos el alma del poeta reflejarse con toda nitidez; el canto de Beatriz nos revela el amor de Dante, aquel amor que inmortaliza una figura de mujer, pasión sublime y creadora, que alienta la vida y perdura en al muerte; Potrarca desnudando su alma, nos confiesa su amor hacia aquella Laura inalcanzada... Cada estrofa, es un símbolo en la escala de la lírica, que auscultando la voz del alma, crea espíritus superiores. Un beso, una sonrisa son acaso el germen de todo un poema.

Todos hemos percutido esos gritos divinos, nos hemos conmovido ante sus ruegos, y hemos percibido el aleteo de sus lágrimas, admirando el milagro sublime de la pasión ideal que llega hasta despojarse de todo deseo en el más bello de los sacrificios, o mirando las sombra fatal de la muerte que pone fin al sueño de toda una vida.

Felices los poetas que supieron desnudar su alma imponiéndose como artifice de sus noble ssentimientos; felices las horas en que abstraídos por osas músicas aladas, nos elevamos hacia otros espacios; ora porque sentimos anudada la garganta por la emoción o por que revivíamos las mismas impresiones que ellos sintieron.

Nada más difícil para una mujer que descubir su alma... ¿Qué podrían decir de su existencia sencilla el agua de un manantial, los pétalos de una flor, o el gorgeo acongojado de una alondra? ¿Qué diría una estrella como todas, acaso con menos fulgor que las otras estrellas?

Canto lleno de candor y henchido de humildad es el que ha brotado del sueño de mis horas; es el canto de la avecilla que suspira en el viento y se pierde entre las sinfonías armoniosas que aquel modula... canto, que le inspiraron los astros, o el rayo de la luna columbrado entre esa rama que no llegó a ser nido, porque cada hora tuvo el ave el capricho de columbrarse en una rama nueva; de aquella flor que no fué fruto, porque ansiando seguir el vuelo de la hoja, dió su cáliz a las brisas, huyendo en pos de esa quimera que le fué arrebatando la vida con sus encantados arpegios...

Insisto en que dentro de la sencillez de mi vida, la música interior que emanaba sutil, no podía tener ningún encanto; uno solo adquiere en este momento solemne en que me conmueve la armonía de este silencio de todos... Alma soñadora, he querido hacer vibrar en este recinto el eco de mi voz y he venido a desgranar el aleteo de mis plegarias.

Como los aedas griegos y los juglares castellanos, tengo el capricho de decir mis versos; siempre hubo almas escogidas y nunca, dijo un filósofo, murió una nota sin impresionar un alma.

La inquietud, esa gran reveladora de almas, inspira de continuo mis versos; sentir la inquietud es adquirir el secreto de amar la vida. Inquietos son el sol, el agua, la nube, el viento, el fuego, la tierra, el espíritu... Todo germen lleva en sí una inquietud; ella es la gran floración, la fuerza suprema que mueve al mundo.

La inquietud, llevó a Rafael, Leonardo y Miguel Angel a legarnos los prodigios de sus obras bellas, todo esfuerzo de la inteligencia humana alimentado por la inquietud tuvo la apoteosis de su realización. Dominados por la inercia, las vidas serían estériles; es preciso abrir el espíritu a todas las rebeliones, de los escombros del mundo en que vivimos forjaremos un mundo más perfecto.

Es la inquietud mag aprodigiosa que a cada instante con sus desventuras y haciéndonos sentir la angustia pone alas nuevas a nuestras fantasías; que a cada hora nos pone en los lbios una nueva canción, que nos dice en la noche plegarias divinas en las quejas del viento; que nos arrulla en la suave agonía de la tarde y que hace de nuestro corazón un laud...

Todo lo que la inquittud ha arrancado a mi alma lo he volcado en mis versos; he escogido todas mis flores y la cesta desborda y ahora que veo resplandecer mi propia alma en cada flor, siento como si ellas desearan volver al silencio de mi alma!

Y es una turbación insólita la que me oprime; la misma turbación que magistralmente burila Tagore en uno de sus poemas cuando dice: "Acaba ya mujer que él está ahí... " ¿no oyes el suave son de la cadena de tu puerta?... Anda... " y que no canten alto tus ajoreas, " que tu paso sea tranquilo..: No. " no es el viento espectral, no te " asustes. La noche es de abril, noche de luna llena! ¿No ves que " celestes están las sombras del patio? ¿No ves que el cielo te corona " con su luz? Bájate el velo si quieres; coge la lámpara si tienes " miedo... Y si te dá vergüenza, " no le digas nada. Basta que te " eches a un lado cuando él pase... " Si te pregunta algo, baja si quieres los ojos en silencia, y que tus " brazaletes no suenen cuando, la " lámpara en alto pases junto a " él..."

" Y si te dá vergüenza, no le digas nada. ¿Todavía estas así mujer? ¿No has encendido aún la luz " del establo?... y "el cesto para el " rito? ¿Y la señal roja anuncio de " ventura?... Oyes?... él, está " ahí..."

La armonía del silencio, es acaso el más poderoso de los encantos; felices las que pueden guardar la ilusión de sus ensueños y ahogar en secreto el canto de su corazón.

Mi alma en sus estrofas echa a vuelo mil campanas y rie, canta, llora o clama con el vibrar de todas sus notas.

Pero bajemos los ojos y no temamos al viento espectral... El Gong del templo ha callado y al fulgor de sus luces una mujer eleva sus cánticos, son muy pálidas sus flore y humilde, muy humilde es su oración...

Alcira BONAZZOLA.



ALCIRA BONAZZOLA

Toda yó

Yo tengo algo del agua: el alma pura.
Yo tengo algo del fuego: el pecho ardiente.
Siempre hay llamas azules en mi frente
y en mis ojos hay llanto de ternura.

Yo tengo de las ondas la dulzura,
yo tengo de la ohguera luz fulgente,
toda yo soy un largo transparente;
toda yo soy un fuego que perdura.

Tengo del mar ese salvaje encanto
de revelarme siempre misteriosa
en instantes sombríos, o risueños.

Soy una llama azul que me levanto
sonrieodn al infinito temblorosa,
inflamada de amores y de ensueños.

La alegría de amar

Que alegría tan nueva, al alma vierte
la dulzura de amar, embriaga tanto
que es más tierno el acento de mi canto,
más intenso mi amor por comprenderte.

Sueño con el instante en que he de verte
y solo el pensamiento me da espanto;
temo que no adivines el encanto
de la dicha inefable de quererte.

Pasan los días; mi ansiedad aumenta;
el delirio de mi frente se acrecienta;
en la estrella, en el céfiro, en la nube

quisiera transmitirte algún mensaje,
más mi congoja muere en el ramaje
y sin oírla tú, al cielo sube!...

El misterio de mi vida

Por el hondo orificio de una herida
vi mi sangre surgir tibia y fragante;
mirando en esa púrpura triunfante
desgarrado el misterio de mi vida.

Y soñé de dolor enloquecida
dejarla que surgiera así, jadeante
hasta que en mis arterias palpitante
no quedara una gota. Ya vencida,

pálida, sin deseos, sin ensueños,
pensé en el alma y todos sus risueños
vuelos parece que entreví expirando;

porque al temer que ansiosa transmigrara
y acaso en otro cuerpo palpitara,
sentí la dicha de vivir soñando!...

Fué una alucinación?...

¿Fué una alucinación, un sueño acaso?...
tiemblo aún de dolor emocionada;
yo he visto una mujer arrebujada,
cortar de pronto en tu camino el paso!

Después ceñir tu cuello en un abrazo
sentirse dulcemente acariciada,
ir contigo soñando enamorada
bajo el amparo firme de tu brazo.

¡Yo he visto esa mujer!... pero su manto
me impidió ver su rostro; en mi quebranto
solo recuerdo la silueta erguida.

Y hoy en cada mujer, busco su huella
y siempre lloro, si al pensar en ella,
presiento que es acaso tu elegida!





Carta abierta al poeta Ghiraldo



Señor don Alberto Ghiraldo:

No nos negará usted, querido poeta, o compañero, como en usted es costumbre decir en son de camaradería universal, que si los españoles pecamos de algo, no es precisamente de falta de hidalguía. Usted, acaso más que ningún otro huésped del solar español, podría afirmarlo con razonamiento sinconcusos. Usted, huésped nuestro, aun que lo sea ya con carácter definitivo, puede ser testigo veraz ante el mundo de que en España, si muchas de las virtudes clásicas de la raza se agotaron, por lo que fuera, que ésta no es ocasión de discernirlo, la del acogimiento cordial al peregrino, como acontece entre las tribus de los árabes nómadas — al fin y al cabo, idéntico matiz psicológico caldeado por la misma temperatura solar, — continúa siendo el blasón más preciado de nuestra idiosincrasia.

Usted dirá, compañero Ghiraldo, que a qué viene este prólogo sentimental y apologético de nuestras costumbres. Pues viene a que usted, empuñando las armas aborígenes, se ha constituido en adalid de su América para demostrarnos que en los períodos germinativo y resolvente de la independencia americana, si nosotros representamos alguna cosa en la tierra en comparación de ustedes, es sola la tiranía y la ineptitud.

No, no compañero Ghiraldo; no se caracteriza con esos ademanes de asombro y leal protesta. No, no lo haga usted, porque con dolor de nuestra alma, aun agradeciéndoselo, no nos sentimos propensos a desistir de nuestra queja. Los hechos hablan más eficazmente que los gestos y las palabras. Vamos con los hechos.

Los libros editados últimamente por usted — con la excepción de las crónicas de Galdos, inéditas para la mayoría de los españoles — y auspiciados por sendos prólogos salidos de su pluma, convergen a un mismo fin: al de hacer resaltar en aquel lapso de ebullición patriótica lo infame y trágico de nuestro comportamiento, en contraposición con la épica y magnánima leyenda de los libertadores americanos.

No negamos que en casi todo, o en todo, seamos generosos, se ha ceñido usted, querido poeta, a la más estricta verdad. Usted nos ha hablado con textos irrefutables. Ante la certeza de los acontecimientos, a los españoles no nos queda más resquicio que callar y avergonzarnos un poco todavía, si usted quiere, de tamaños desafueros cometidos por nuestros antepasados de entonces contra la razón del derecho y la libertad. Negar la historia que se documenta en sucesos fehacientes, y además no tan lejanos que puedan prestarse a esa confusión que nace siempre de la perspectiva brumosa de los siglos, sería insensatez, si no locura. Usted ha bebido en fuentes cristalinas, sin posos que las enturbien, y, aprovechándose de tan raro beneficio, se ha dado a arrojar sin sosiego una carga abrumadora de pecados sobre nuestras pobres frentes, humilladas y contritas.

La verdad de la Historia le dá a usted la razón; pero a nosotros, y no nos referimos en concreto al que esto subscribe, sino a la masa de españoles que sobre el caso que aquí se comenta piense y sienta como nosotros, también nos concede su apoyo ilimitado: la de la protesta justificada.

"Los Precursores" esas páginas recopiladas por usted con verdadero amor de raza — amor que nosotros sinceramente aplaudimos, aunque en usted signifique palmaria contradicción con su invariable y fraternal "compañero", que es como el símbolo de un bíblico devenir sin fronteras, — muestran, nadie lo impugna, los más nobles y heroicos atributos morales que haya podido atesorar pueblo alguno sediento de cultura y dignidad cívica; mas en la hora presente, sin un motivo de fuerza mayor, sin una finalidad trascendental que lo justificara, su periódica, su tenaz aparición, aquí en España, ha sido inoportuna.

Quisiéramos, amigo y poeta Ghiraldo, que nos descubriera usted qué impulsos del alma le indujeron a esa publicación de "Los Precursores, porque nosotros no hemos dado aun con el busilis del problema.

Pensará usted, sin duda, que nos sentimos molestos contra usted al correr de la mano sobre las cuartillas cuando no hay nada más disyuntivo de nuestro ánimo. Molestos, no; pero doloridos, sí, lo confesamos. Porque es doloroso, profundamente doloroso, que sin un motivo ineludible o propósito trascendente, repetimos, ni una razón de odio aquí no puede haberla, porque usted es nuestro huésped querido y acatado, — ni menos de lucro, — solo pensar que usted pudiera aprovecharse de nuestros bolsillos, a la sombra de nuestras propias vergüenzas, sería ultrajarle, — a una colectividad de ciudadanos se nos recuerden las lacras que macularon ciertos pasajes de nuestra vida histórica.

Nosotros, pese a todo lo apuntado, usted bien lo sabe, y los lectores de este semanario tal vez lo recuerden, hubimos de dedicar oportunamente algunas líneas preconizando los valores espirituales que se encierran en "Los Precursores".

Mas cuando ya su ardoso americanismo, gracias a aquel desfogue turbulento, parecía embalsado, quieto, incapaz de nuevas estridencias, leemos en "El Sol" unas opiniones de usted sobre la lírica de Rubén Darío, de las que trasciende un tufillo de crítica tácitamente adversa para la generación de poetas españoles que se vió sorprendida con la aparición del vate nicaragüense.

Y como aun tenemos en la caracola del oído el sordo y lejano retumbar de los cañones, parches, clarines, arengas y estrofas de "Los Precursores", nos damos a pensar, temblando, si esa página acerca del autor de "Cantos de vida y esperanza" no será la anunciación de otras en que se compulse la moderna lírica española con la americana, en detrimento, claro está, de aquélla.

Nuestra sospecha no es infundada. El gato escaldado del agua fría huye, dice el proverbio. Aunque en este parangón, por ser meramente literario, no saldríamos tan malamente vapuleados como en el otro. Allí subieron a la superficie los légamos, las putrefacciones políticas de un período adventicio de nuestra Historia y aquí, a lo mas, se señalaría un eclipse momentáneo de nuestra poética remozada por el injerto vivificador de un príncipe de la lírica a quien dimos los españoles, para que fuera grande, el abolengo ilustre e inmarcesible de nuestra estirpe y nuestra habla.

Siempre, y por encima de todo, su cordialísimo amigo.

Fernando LOPEZ MARTIN

Madrid, 19 Nob. 1926.

Ante el cadáver de la poetisa

(Crónica hecha en la capilla ardiente)

EL FERETRO

Habíase dispuesto próximo al balcón que tenía sus postigos cerrados. Por el montante, entraba la luz gris y destemplada de la calle. El ataúd descansaba sobre un pie sencillo. Era este ataúd de madera negra, con adornos de metal plateado. Tenía vidrio hasta cerca de la mitad solamente.

Y vió el cronista cómo el cuerpo de la poetisa desaparecía bajo pliegues de gruesa faya de seda negra. con un sutil bordado blanco. Pocas flores, sobre este féretro, alcázar de un cuerpo que fué primaveral, que fué perfumado, que supo estremecerse al hálito del arte como un rosal que besara el aura. ¡Pobre Delmira!

Apenas si un humilde ramo de violetas y otro—aún más humilde—de junquillos, se posaban por encima de la hermosa cabeza, que fué genial...

LA CARA

Digamos algo de este rostro que hemos visto acardenalado, exangüe, yerto. ¡Era tan lindo!

La amplia frente, tras la que florecieron los versos más hermosos que mujer de nuestra época forjó, notábase fría, un poco amoratada. Era de marfil, sí. Pero uno de esos marfiles viejos que hemos visto en rancias catedrales, obscurecido por los años y el humo del incienso.

¡Ah, los dulces ojos! Tenían veladas las zarcas pupilas nostalgiosas; pupilas serenas; dulces pupilas que parecían tener la visión de todos los dolores de la vida...

Sobre ellas—cortinas que no han de levantarse más—caían los párpados, orlados con las pestañas largas y sedosas...

¿Y la boca? Sin aquella su triunfal coloración, parecía más mística, más asexual...

Piedad para los labios como engarces
Celestes donde fulge
Invisible la perla de la Hostia...

LOS CABELLOS

Desaparecían cubiertos por la cofia, de faya negra también, con un solo vivo de gasa blanca. Desaparecían, pero no en absoluto. Un mechón nudoso, brillante, fragante—nota de gentil armonía — íbale hasta el cuello, como una sierpre que buscara su garganta de "madonna".

Y evocó el cronista aquella su cabellera; su cabellera abundosa, bipartida, lánguida, con la languidez aristocrática de la rama del sauce.

Piedad para las pulcras cabelleras
Místicas aureolas
Que nunca airea el abanico negro,
Negro y enorme de la tempestad.

EVOCANDO LAS MANOS

No las vió el cronista. No podía verlas, ocultas por las sedas y las tablas del fúnebre cajón. Pero las evocó. Eran tan finas, tan pulidas, tan sugerentes!... Manos breves que estremecían con su frío al ser rozadas. Y era que todo el calor llevábaselo el corazón.

¡Ah, las manos de Delmira Agustini, armoniosas, filiales, principescas!... Con los dedos largos y afilados, rematando en una aguzada uña de ágata. El índice casi tan largo como el del corazón: signo inequívoco de poesía. También en los dedos de aquel gran lírico que fué Julio Herrera y Reissig podía notarse esta peculiaridad:

Manos que sois de la Vida
Manos que sois del ensueño;
Manos que me disteis gloria.
Manos que me disteis miedo,
Llevad a la fosa misma
Un pétalo de mi cuerpo.

LA JAULA VACIA

¡Cuan triste esta salita donde el cronista ha visto transcurrir media hora esta mañana!

En torno al féretro, los blandones funerarios tremelucían. La luz temblona irisaba el vidrio y las aristas del féretro ponía tonos cambiantes de nácar en la opalina tez...

Pocos muebles por aquí y acullá. Pocos, pero con carácter: una mesita, el diván, unas sillas, el piano...

Este piano tocaba todas las noches el "Nocturno" de Chopin.

—¡Toca otra cosa más alegre, nena!

—¡Me gusta tanto, mamita!

Tenía la obsesión de la tristeza. Había nacido así, reflexiva, idealizadora, melancólica...

¡Tú, oh pobre Delmira, naciste inadaptada, inadaptable!... Naciste superior a este ambiente, a todos los ambientes... Habrías sido infortunada en todas partes...

Mi leche que está en blanco, es blanco y vaporoso
Como flor de inocencia,
Como espuma de vicio...

LOS RETRATOS

Aparte de los familiares, vense algunos retratos de artistas que la admiraron mucho: Samuel Blixén, Nervo, el pintor Graner Herrera y Reissig, cuyos claros ojos se adivinan perdidos en aquel mundo en que él sólo viviera.

Y en un marco de oro y seda roja, entre nomeolvides y pensamientos bordados, la cabeza de león agobiado del ruiseñor nicaragüense: la fotografía de Rubén Darío, con esta dedicatoria: "Ex toto corde et anima".

Por aquí, un cuadro de amor por ella dibujado, por allá un primoroso trabajo que ella hizo en madera...

Hay un último lienzo, sin terminar. Es un cuadro con un niño rosado, seráfico...

Porque esta pobre niña que ha muerto tenía el sentimiento de la maternidad!...

Entraban los visitantes... Entraban silenciosos, recogidos... Un silencio hierático reina en toda la casa...

El rostro tiene una expresión tan serena que desconcierta. La poetisa què tanto amaba la vida, se fué de la vida, tranquila como si sonriera.

¡Oh maldición de las armas de fuego! Tú debías morir, sí; pero entre rosas, en una noche en que las rosas, pródigas en perfumes, queriéndote acariciar, te envenenaran...

7 de julio de 1914.

Vicente A. SALAVERRI.



DELMIRA AGUSTINI

Serpentina

En mis sueños de amor, ¡yo soy serpiente!
Gliso y ondulo como una corriente;
Dos píldoras de insomnio y de hipnotismo
Son mis ojos; la punta del encanto
Es mi lengua... ¡y atraigo como el llanto!
Soy un pomo de abismo.

Mi cuerpo es una cinta de delicia,
Glisa y ondula como una caricia...

Y en mis sueños de odio, ¡soy serpiente!
Mi lengua es una venenosa fuente;
Mi testa es la luz bélica diadema,
Haz de la muerte, en un fatal soslayo
Son mis pupilas; y mi cuerpo en gema
¡Es la vaina del rayo!

Si así sueño mi carne, así es mi mente:
Un cuerpo largo, largo de serpiente,
Vibrando eterna, ¡voluptuosamente!

Fragmentos

A un poeta español.

. . . .

¿De qué andaluza simiente
Brotó pomposa y ardiente
La flor de mi corazón?
Mi musa es bruna e hispana,
Mi sangre es sangre gitana
En rubio vaso teutón.

Mi alma, fanal de sabios
Ciegos de luz, en sus labios
—Una chispa de arrebol—
Puede recoger el fuego
De toda la vida y luego,
Todas las llamas del Sol!

Alma que cabe en un verso
Mejor que en un universo!
—Instinto de águila real
Que engarza en ave canora,
Roja semilla de aurora
En un surco musical!—

Mi sol es tu sol ausente;
Yo soy la brasa candente
De un gran clavel de pasión
Florecido en tierra extraña;
¡Todo el fuego de tu España
Calienta mi corazón!

La plebe es ciega, inconsciente;
Tu verso caerá en su frente
Como un astro en un testuz,
Mas tiene impulsos brutales,
Y un choque de pedernales
A veces hace la luz!

. . . .

Delmira AGUSTINI.

RAFAEL CANO

La Chacarera

Esta danza, como su nombre lo indica, tuvo origen en medio de las chacras floridas, allá en las campiñas del norte argentino.

La melodía suele ser en compás de sei spor ocho, y su acompañamiento, en tres por cuatro; por eso su ritmo es compuesto.

Consta de dos temas: la vuelta y el zapateo, resultando monótona al oído, porque se repite varias veces la parte del zapateo.

Como "Introducción" se emplea una vuelta de la danza.

En ese momento la pareja hace un "frente a frente", y, a la voz de "Adentro", ataca a compás y retrocede, sin zapateo y haciendo castañuelas con los dedos. Luego se describe una vuelta redonda y cada uno queda en su sitio, es decir, el que tuvo al iniciar el baile.

Entonces el hombre zapatea (en ese momento se suspenden las castañuelas) mientras la mujer, al mismo tiempo, se zarandea.

Durante el baile se describen tres vueltas redondas, o bien dan vueltas y sus zapateos, lo que depende del "metro" de la música.

Termina a la voz de "Aura", que da el cantor; entonces los bailarines describen una media vuelta y ocupan, el hombre el sitio de la mujer, y ésta, el del hombre.

Así termina la primera parte, siendo la segunda una repetición de la anterior.

En la provincia de Catamarca cuenta con admiradores entusiastas, que luchan denodadamente para evitar que sea alterada en su exquisita sencillez.

Esos altruistas rezagados son los paisanos.

Pero con dolor formulo una confidencia: la chacarera se va para no volver, desalojada por las maquinarias modernas, como las desgranadoras y trilladoras, que economizan el concurso de brazos. Y es por esta causa que evoco con tristeza aquellos buenos tiempos del rústico arado de madera que ahora permanece arrumbado en los graneros...

Aquellos tranquilos días de la infancia, cuando los paisanos, en alegre camaradería con sus patrones, reuníanse al calor del patio familiar para celebrar el final de la cosecha.

¿Y qué otra forma más elocuente para demostrar alegría, que bailar las danzas aprendidas de los abuelos y que aun conservan su sello de candorosa poesía? Pero todavía, en cuanto el turista se aleja de los centros urbanos y de miradas indiscretas, puede bailar la chacarera, como en la época del tiempo heroico.

Ha caído la tarde tiñendo la montaña con una cinta violenta y los campos de un profundo silencio, mientras las almas dijérase que se estrechan instintivamente para admirar mejor el misterio de la vida.

De rato en rato, mientras camina, el amigo de amoríos escudriña a través de las ramas de los árboles, hasta distinguir el parpadeo de la luz de una vela. Es un rancho solitario y atrevido a la vez por el sitio en que ha sido construído, porque implica un desafío a la agresividad de las rocas. Y no tarda en percibir leve rumor de voces, que va animándose a medida que la noche se avecina.

Luego se escuchan nítidamente las notas armoniosas de una guitarra, que parecen por momentos traducir el gemido de un corazón herido, para luego trocarse en alegres y bulliciosas, como las voces de las calandrias en las mañanitas de sol.

Y solamente teniendo un espíritu muy agreste se puede resistir la tentación de visitar ese rancho poblado de risas y sombras.

Forman rueda en el amplio patio, cuyo techo es el azul del cielo, un numeroso grupo de paisanos de pañuelo al cuello, chambergo "requintao", traje de saco y uschutas.

Con vestidos de percal de colores llamativos, trenza suelta y ojazos indagadores, las chinitas esperan ansiosas ver surgir al primer galán que ha de invitarlas a bailar la chacarera.

Un "churo", que ha tomado varios vasos de aloja de algarroba, se adelanta resueltamente y ofrece su brazo torvo y musculoso a una moza que tiene los labios rojos como un clavel, aunque no conoce el "rouge".

Ella, que no desea otra cosa, salta a la pista, coqueteando como lo hacía una pueblera que pasó las vacaciones en la aldea...

El guitarrista, gaucho viejo y matrero, deja correr los dedos por las cuerdas de la guitarra, como al descuido, y, previos algunos remilgos de táctica, se descarga con una chacarera almibarada.

Después de la primera vuelta, el músico comienza a cantar la letra de la pieza que ejecuta.

Dice así:

CHACARERA

Cuando canto "chacarera
Me da ganas de llorar;
Porque se me representa (bis)
La algarroba y el chañar.

Cuando canto "chacarera
Me da ganas de llorar;
Porque se me representa (bis)
El martes de Carnaval.

Chacarera de mi vida,
Chacarera del Carrizal;
Ella.—No me llames Chacarera (bis)
Porque empiezo a sollozar...

Chacarera de mi vida.
Chacarera de Hualfín,
Ahora que tengo cama, (bis)
No tengo con quien dormir.

Como se ve, al sentirse emocionada, la muchacha que bailaba interrumpe al cantor, al final de la tercera estrofa, para pedirle: "Que no le llame chacarera, porque empieza a sollozar..."

Y tiene mucha razón, porque el cantor, "que es como una luz", se le fué en un directo al corazón.

En efecto; primeramente evoca la época de la "algarroba y el chañar", o sea el verano, con sus tardes de colores en los rastrojos abundosos de frutos; luego el Carnaval y su alegría, que es la fiesta más linda de los campos.

Entonces, ella, que, no obstante su tinte bronceado, tiene alma soñadora, se ha dejado impresionar por la soledad del paraje y el filtro mágico del cantor, ocasión que aprovechan los enamorados para adentrarse al corazón.

Luego se adelanta otra pareja y el guitarrista cavila un breve rato improvisar los versos.

Sigámoslo, sin olvidar la hora en que se desarrolla la escena y que se trata de un hombre rústico, pero de una gran sensibilidad.

CHACARERA

Ingrata, ¿por qué dijistes,
¡Ay, ay, ay! que me querías
Y que ni con la muerte (bis)
¡Ay, ay, ay, me olvidarías!...

¡Aura!

Me olvidarías, sí...
¡Ay, ay, ay, así decía,
Un enfermo de amores (bis)
¡Ay, ay, ay! que se moría...

¡Quién tuviera la dicha,
Ay, ay, ay, de ver un sabio,
A la orilla de un pozo... (bis)
Ay, ay, ay, y "rempujarlo"!...

Y rempujarle, sí...
¡Ay, ay, ay! qué "complacencia",
Verlo pataliando adentro, (bis)
¡Ay, ay, ay! a su reverencia...

Al terminar, una ovación saluda al cantor y a los bailarines.

Todos corren a ofrecer un vaso de aloja al guitarrista, con esta frase de rigor: "Ta quia cantao lindo, el mozo..." Pero él les detiene con un gesto, y dice: "Mi dueña me encarga que no beba"...

Es que ha visto a la luna asomar a hurtadillas su disco plateado por el cerro; porque en tierra adentro se la considera "la dueña" de todos los poetas.

Y cuando en las montañas catamarqueñas veo bailar la chacarera, no puedo reprimir un sollozo... porque esta hermosa danza nativa trae a mi memoria los perfumados días de la infancia!

LA SOMBRA DE LAS ALAS

Por eso le amé

No sabía ciencias
ni lenguas extrañas,
ni tenía musas
ni hablaba parábolas;
ni soñó jamás
de cosas fantásticas,
y pasó su vida
libre como el agua
que armoniosa corre
por llano y montañas.
No tenía el aire
de la aristocracia,
pero de aquel aire
no necesitaba;
tenía algo más:
—y esta era su magia—
para las mujeres
dulzura y audacia,
¡y a un muchacho joven
con eso le basta!

II

Oh! dulce perfume
del recuerdo aquél
que toda me inundas
trayéndome bien!
El lindo muchacho
que en mi tierra hallé!
Era fuerte y dulce
era vino y miel
y sin artificios
sabía vencer.
Correr como un gamo
nadar como un pez
saltar como un gato
luchar y vencer;
bañarse de sol,
domar un corcel,
desafiar la muerte
temblar de placer...
¡todo eso sabía
por eso le amé!



El zapatito del bebé

I

Era un bebé precioso, el único, y murió
y a la madre de la pena el corazón partió.

II

Enferma la llevaron allá cerca del mar
a tomar otros aires para ver de curar

III

Y cuando estuvo sana y fuerte al parecer
la casa renovaron para hacerla volver.

IV

Y al recorrer la casa contenta de encontrar
tanto muebles bonitos y objetos de admirar
—como un puñal muy fino—le partió el corazón
un zapatito blanco tirado en un rincón!



Sed irremediable

¡Busco, busco y no encuentro!
Ansiedad de desear
las cosas imposibles
sin poderlas gustar!

Dónde quitarme el frío
cómo habré de encontrar
cuando yo mismo soy
llama, sol y volcán?

Como habré de hallar donde
apagar la sed mía
si llevo aquí en el alma
la fuente de agua viva?
Quién me dará la dicha
que no puedo encontrar
¡si el amor es la dicha
y no hay quién sepa amar!



MARIA ALIAGA RUEDA

La venganza

El se alejó orgulloso. Yo seguí mi camino,
y mis pies tropezaron con un puñal muy fino

Al ver su hoja afilada como al sol relucía,
sentí que me embriagaba insólita alegría.

¡Yo le daré una cita si lo vuelvo a encontrar!
—me dije con transporte—¡y lo voy a matar!

Cada día sin falta, el acero lustraba
y con esmero grande su filo preparaba.

Realizóse por fin el encuentro fatal
—yo como siempre, oculto, llevaba mi puñal.

Pero miré sus ojos, ¡sus ojos, que tenían
cosas de encantamiento, y entera me vencían!

¡Que si pude vengarme, que si le dí la muerte
siguiendo los impulsos de aquel odio tan fuerte?

¡Puse el arma en sus manos!... Y quedé en su presencia
como un reo cualquiera que espera la sentencia!

Soy tuya

Te sé fuerte y potente, y por eso te adoro.
¡Oh! tu cuerpo en deseo, cómo sabrá quemar!...
¡Y yo quiero quemarme! Seré bajo tu fuego
como una flor muy débil al sol canicular.

¡Soy tuya amado mío! Nunca ha sido tan grande,
tan grande y tan completo mi modo de desear;
pero con tu recuerdo me llegó—fuego vivo—
el calor de tu sangre que siento palpitar.

Dime ¿cómo es tu beso? ¡Yo quisiera gustarlo
y quemarme en tu llama! y un instante gozar
contradas mil vidas de amores, en tu pecho
y mi pecho... aunque luego me debas olvidar!

Gajito de jazmin

Cómo no tener celos
si en sus manos te ví!
Sus labios te han tocado...
¡Cómo te habrás quemado
gajito de jazmín!

Si te oprimió ardoroso
quedó algo nuevo en tí...
Has tocado su alma
y has perdido la calma
gajito de jazmín?

Has besado sus labios,
que él puso sobre mí...
¿Sientes arder la vida
de tu sangre dormida
gajito de jazmín?

Y después de quemarte
lo que hizo fué arrojarte
como me arrojó a mí!...

¡Cómo quedas con vida
llevando aquella herida
gajito de jazmín!



Un día de verano

¡Que día caluroso!
—aún lo recuerdo—
Iba a secar su frente
con el pañuelo,
y yo le rogué ansiosa:
¡No, no hagas eso!

Porque yo con mis labios
y con mis besos
tu frente humedecida
secarla quiero.

Me miraron conformes
sus ojos buenos...
¡Y mojé hasta saciarme
mis labios secos!



Luz en el sendero

Un viento enorme agita mi alma,
y entre las sombras veo pasar
al luminoso Mensajero
que viene hablándome de paz.

¿Será tal vez el Esperado?
Lleva en su frente la señal,
y me produce la sensación
que yo llamo de eternidad.

Y los Deseos de mi alma
se han posado sobre sus labios
por beber todas sus palabras
y guardar sus consejos sabios.

Y la Voz que ha cantado en mí
desde que aprendí mi canción
enmudeció ante Su Presencia
y se apagó en mi corazón.

Y ha brotado la Canción Nueva
la que extinguirse no podrá
la que me hace buscar la Luz
y vivir en la Eternidad.

¿De dónde viene el Mensajero?
¿De las montañas del Tibet?
...O en otro plano de existencia
lo ví quizás alguna vez?

Me sacude un presentimiento
de algo que está por suceder...
Nacen en mí sentidos nuevos...
...¿Qué es lo que voy a conocer?...

La mejor edad para casarse

Interlocutores: Antonio, Edmundo, Concha, Teresa.

Antonio.—Hay que confesar que el amigo Edmundo es una verdadera autoridad científica en las cuestiones concernientes a la mujer, el matrimonio y la familia.

Edmundo.—El mérito que me atribuye usted, querido Antonio, sólo podría afirmarse en nombre de la bondad que le caracteriza y del cariño que me profesa.

Teresa (curiosa).—¿A qué edad se casó usted, amigo mío?

Edmundo.—A los veintiocho años. Y creo que, si no hubiera aprovechado aquel punto de caramelo de mi edad, me habría expuesto a que me hubiese ocurrido lo que a aquel sabio griego que cuando, de joven, le preguntaban los amigos por qué no se casaba, respondía que era demasiado pronto, y cuando ya maduro, le hacían la misma interrogación, respondía que era demasiado tarde.

Concha.—De modo que, según usted, la mejor edad para casarse es la de veintiocho años.

Edmundo. — Veintiocho o veintinueve para el hombre; diez y ocho o diez y nueve para la mujer... Claro es que, tratándose de la mujer, me refiero a la mujer de las zonas templadas del planeta, que son las que habitan los pueblos verdaderamente civilizados. Sabida cosa es que en los climas tropicales la mujer es completamente mujer a los trece o catorce años, y en latitudes tórridas, mucho mas temprano todavía.

Antonio.—No hay duda en eso.

Edmundo. — Adviértase, por otra parte, que en este punto hay que discernir cuidadosamente dos circunstancias: la capacidad sexual y la capacidad económica. La mujer está capacitada sexualmente antes que el hombre, y económicamente lo está siempre, por cuanto no es a ella a quien toca proveer a las manutención y demás gastos de la familia, sino al hombre. Respecto a éste, hay que usar de distinción, con arreglo a las tres clases de que hoy se compone la sociedad. Sexualmente, el hombre está capacitado por igual en las tres clases. Económicamente, el hombre de clase rica y el hombre de clase obrera—por aquello de que los extremos se tocan—lo está antes que el hombre de clase media: empleado, militar, catedrático, abogado, médico, boticario, ingeniero, etc., el de veintiocho años... Por lo demás, cual no suele estarlo hasta la edad creo que, científicamente consideradas las cosas, esa edad es la mejor para el hombre de las tres clases. Si la ciencia no se engaña, la mujer adquiere su total desarrollo orgánico y fisiológico a los diez y ocho o diez y nueve años, mientras que en el hombre ese desarrollo continúa hasta los veintiocho o veintinueve Y notan ustedes que no me refiero precisamente al desarrollo aparente y muscular, sino al desarrollo interno. Hasta los veinticinco años no termina en el hombre el desarrollo del sistema óseo; hasta los veintiocho o ventinueve el de los centros nerviosos del cerebro, cuyas funciones son de tanta importancia en la vida de relación y en el ejercicio de las facultades del alma.

Concha. — Estamos de acuerdo, querido Edmundo. El hombre no debe casarse mientras no sea hombre completo.

Edmundo.—Naciones ha habido y hay que no lo han entendido ni practicado así; pero ha sido por razones de orden moral, apoyadas en buenos cimientos económicos. Tal en la antigüedad. Roma, donde se daba a los adolescentes la toga viril a los diez y seis años; tal en nuestro días el Celeste Imperio, donde los hombres se casan muy jóvenes, apenas poseen la capacidad sexual, quedando a cargo y cuenta de una de las dos familias, la de él o la de ella, hasta que el nuevo matrimonio pueda valerse por sí mismo. Pero esto, lejos de contradecir, confirma mi tésis de la desproporción entre la capacidad económica y la capacidad sexual. La familia china, como la antigua familia romana, es muy diferente de la actual familia europea. Esta se compone sencillamente de padre, madre e hijos. Entre los chinos, la familia, más que familia, es un conjunto de familias, a las órdenes de un patriarca, que tiene en su propio hogar hijos, nietos y hasta biznietos casados, los cuales, aunque ayuden algo al sostenimiento común, todavía no han resuelto su problema económico, que queda aplazado hasta que les sea dable emanciparse por completo y fundar nuevo hogar. Y lo repito, todo ello se hace con la sana mira de evitar grandes males e impedir que los adolescentes caigan en el vicio.

Teresa.—Preciso es convenir en que los chinos dan a los europeos lecciones de sentido práctico en bastantes cosas.

Edmundo GONZALEZ BLANCO.

ESTADISTAS AMERICANOS

BERNARDINO RIVADAVIA

EL GRAN REFORMADOR

Por ALBERTO GHIRALDO

"La República Argentina acaba de celebrar el centenario de la famosa ley de "Enfiteusis", redactada por D. Bernardino Rivadavia. Una de las fundamentales preocupaciones de este gran estadista durante el periodo en que ocupó la Presidencia del país fué la reforma de la legislación agraria, materia a la que dedicó muchas de sus horas de hombre de estudio y de pensamiento. A los tres meses de asumir el mando, Rivadavia envió al Congreso su proyecto de ley, tocándole a su ministro el doctor Julián Segundo de Agüero sostenerla en la discusión parlamentaria y sacarla triunfante, no sin grandes dificultades, por la oposición de muchos representantes conservadores. El 18 de mayo de 1826 la ley era sancionada totalmente y elevada al presidente, quien la promulgó el día 20 del mismo mes". (Párrafos de crónica).

I

Rivadavia es el primero de los estadistas argentinos: precursor de Mitre y de Sarmiento, continuadores de su obra, magnífica por el esfuerzo formidable y único que representa. Es necesario trasportarse con el pensamiento a la época, más que caótica, semibárbara, en que este civilizador actúa para abarcar la magnitud de su empresa. Es el primer gobernante que habla a su pueblo con el gesto augusto de los hombres a quienes el Destino señala una misión. Es el ideólogo superior a quien las circunstancias ponen las riendas del Gobierno en las manos cuando un país acaba de ser sacudido por el huracán de la revolución. Nadie con más energía que él para sostener el orden dentro de la libertad. Ved todos sus decretos y considerandos de gobernante, en los que vive y palpita su gran espíritu. Se da entero a su obra, como un inspirado a quien un soplo divino anima. Todo lo sabe, en todo está, lo prevé todo, sorteando los escollos, sin temerlos, como un navegante sagacísimo, dominador de vientos y de olas. Y eso que bien sabía que éstas, al fin, habrían de tragarlo. Pero, como buen sembrador, él echaba la semilla sin preocuparse de si sus manos serían o no las que recogerían el fruto. Sembró, y sembró tanto y tan inteligentemente, que aun hoy, después de un siglo, continúa su país cosechando de su semilla. Sembrador magnífico y desconocido por diez generaciones, a quien todavía debemos el homenaje de justicia y de gratitud reclamado por su labor. "Rivadavia fundó las escuelas...", dice un cantar argentino. Bien; en materia de gobierno. Rivadavia lo fundó todo. Después de él, sólo los nombres de Mitre y de Sarmiento pueden escribirse junto al suyo. No hablo de Alberdi, que no gobernó. Ni de Urquiza, que fué un intuitivo, personalidad especial y única, también, a su modo, especie de tirano libertad — ¡oh paradoja! — pero fuera de esta línea de civilización a que me refiero.

Es el innovador, el "hombre nuevo", el genio previsor que aparece en medio de la confusión del momento para señalar rumbos a la nave cuyo timón empuña. Cree en el progreso, en la evolución de las sociedades, y, de acuerdo con los postulados de su credo, echa las bases en que ha de apoyarse el edificio constitucional de la República naciente. La firmeza de su obra, la consistencia de sus creaciones institucionales, el aliento perdurable que puso en todo cuanto tocó su mano, es lo que hizo exclamar a Mitre, ese otro gran civilizador: "El ejército con que Rivadavia ha vencido, para honor y gloria de la Humanidad, vilipendiada por la fuerza brutal, son aquellos niños tiernos a quienes puso la cartilla en la mano en las escuelas primarias que fundó; son esas matronas sacerdotisas de la Beneficencia a quienes sentó a la cabecera del enfermo, encomendándoles la educación de la mujer; son esos huérfanos desvalidos a quienes sirvió de padre; son aquellos inmigrantes inermes a quienes él dió una segunda patria; son esas madres argentinas, émulas de la madre de los Gracos, que han mantenido en el altar de la familia el fuego sagrado de sus virtudes cívicas; son aquellas ideas que él derramó como semillas fecundas en esta tierra clásica de la libertad americana, y que hoy brotan en torno de su urna cineraria como un bosque de sagrados laureles consagrados a la inmortalidad. Sin Rivadavia, sin los materiales de reconstrucción que elaboró su vasto genio con la clara visión del porvenir, la resurrección de la República Argentina habría sido imposible después de los veinte años de tiranía devastadora. Todo se había destruído, menos sus instituciones grabadas en granito, menos sus monumentos fundidos en bronce. En ellos volvimos a encontrar las tablas perdidas de nuestros derechos; nos levantamos del polvo como nuevos Lázaros, con los pies y las manos atados, pero llenos del espíritu vital de los pueblos libres. Así es como los pueblos se alzan bajo los auspicios de sus númenes tutelares; así es como Rivadavia nos ha salvado y nos gobierna por la fuerza de la idea, que sobrevive a los trastornos violentos y a la materia perecedera".

II

"La época de Rivadavia" denominamos hoy a la en que actuó este prócer argentino; tanta fué la significación de su obra.

Así como Moreno fué el doctrinario y el tribuno de la Revolución de mayo, Rivadavia llevó a término o formuló concretamente las reformas liberales latentes en los dogmas del movimiento emancipador argentino. Su obra de cultura es enorme. Moreno y Rivadavia son los dos hombres de pensamiento que llenan con sus ideas aquel momento histórico. Muere Moreno, y a Rivadavia le toca ser el ejecutor de los postulados revolucionarios.

Durante el Gobierno de 1811-12 es cuando la figura de Rivadavia adquiere un relieve poderoso; como secretario de Guerra, demuestra sus

extraordinarias condiciones de organizador, que dejan entrever al estadista futuro. Con una energía única ahoga en germen el movimiento de Alzaga y disipa para siempre las ambiciones de los elementos defensores de la reacción.

Tiene voluntad heroica. Es pensador espontáneo. Asimilador facilísimo de ideas ajenas para aplicarlas socialmente. No tiene preocupaciones dogmáticas. Su formulismo es puramente exterior. Es también un ecléctico, como Varela, el cubano. Es el primero que llama al extranjero en un decreto famoso brindándole facilidades de toda especie para poblar y habitar el suelo argentino. Es un anticipador, un revelador. No es un "inventor", porque en materia política y social no es posible "inventar"; pero que es un gobernante lo prueba el hecho de que casi todas sus "creaciones" subsisten. Solamente su "enfiteusis" sabia es echada a rodar por Rosas, el tirano, que con un decreto de venta de tierras la anula hasta hoy. Ochenta años más tarde, la República sufre el terrible mal del acaparamiento de la tierra. Viene a Europa con una misión importantísima. Como agente diplomático de la Revolución, tal Franklin en Inglaterra, intenta con España una reconciliación, que, a riesgo de su seguridad personal, propone cara a cara al rey. Golpea después las puertas de las grandes potencias pidiendo apoyo para la independencia de América. Protésta ante Inglaterra por desconocer ésta el derecho a la independencia de su patria, y formula una reclamación ante el Congreso de los Soberanos de la Santa Alianza con el fin de alejar del país que representa nuevos peligros de dominación europea. En 1821-1824 se hace cargo de las carteras de Gobierno y de Relaciones Exteriores, bajo el Gobierno de D. Martín Rodríguez. Organiza el Poder Judicial. Hace promulgar la "Ley de olvido", al amparo de la cual retornan al país multitud de argentinos perseguidos por delitos políticos. Bajo su influencia cobran sentido real los proyectos de seguridad personal ("Habeas Corpus") y de libertad de imprenta. Promueve la inmigración europea; organiza la viabilidad en toda la provincia de Buenos Aires; funda la Universidad, de acuerdo con los ideales democráticos del momento, y, anticipándose a lo que hoy hacen otros gobiernos de América, acomete decidido la célebre reforma eclesiástica, arrebatando a la Iglesia prebendas, atribuciones, fueros impropios de un régimen liberal, lo que le vale la acusación de hereje y de materialista; obtiene entonces las leyes sobre libertad de conciencia y la de abolición de las "manos muertas"; la secularización de las Ordenes monásticas y de los cementerios débense también a su iniciativa, así como la abolición de los fueros personales del clero y los diezmos y primicias percibidos por la Iglesia; pone en prácticas leyes sabias sobre la cuestión agraria, fundamentales en países com la Argentina, y sostiene al respecto ideas de colonización que aun hoy resultarían adelantadas, porque ellas tienden a la ocupación y aprovechamiento de la tierra pública en forma amplia y progresiva, y que de haberse implantado sistemáticamente hubieran dado lugar a un verdadero y mayor florecimiento agrario.

III

Rechazada por los caudillos la Constitución unitaria de 1826, cae políticamente Rivadavia, dejando una estela de luz imperecedera.

Vive un corto lapso de tiempo recluído en su quinta solariega de Buenos Aires, marcha luego a Europa, y en el año 1834 regresa a su país. Ya imperan en él los bárbaros.

El Gobierno de Viamonte, bajo la influencia de Rosas, impide al civilizador que desembarque; poco tiempo después una orden de destierro prohibe a Rivadavia regresar a su patria. Comienza su calvario. Dirígese al Uruguay, y Oribe le expulsa también. Va al Brasil; refúgiase en Río de Janeiro. De allí, definitivamente, marcha a Cádiz, donde muere en la mayor de las pobrezas; se deja morir, puesto que no puede seguir dando su luz a la patria ingrata. Igual destino al de Moreno y San Martín, los otros dos grandes.

Pero el que puso la cartilla en manos del niño sigue gobernando a través del tiempo, y son las leyes que él redactara, los decretos que él promulgó, los que se obedecen hoy, tal las ideas de un Franklin vulgarizadas por el tiempo, como observa el mismo Mitre en una de sus famosas "Arengas".

La primera carta

..¡Oh, recuerdo adorable de la carta
que por primera vez en nuestra vida
escribimos con íntimo alborozo
para alguna romántica chiquilla!
Carta que no supimos comenzarla
ni tampoco supimos concluirla,
y tras mucho pensar fué como todas
las cartas del amor de aquellos días.
El corazón saltaba en cada frase
—sangrando en el dolor de sus espinas,—
y juraba encontrar, ilusionado,
su redención en la rogada cita.
Estampaba promesas inefables
presintiendo la gloria apetecida
de glosar, amorosos, al oído
las palabras felices "mío" y "mía".
Fárrago de lirismo petulante
y de faltas de lesa ortografía
en papel de color, con un perfume
agudo de violetas o de lilas.
Carta adorable, por la que escribimos
borradores sin cuento y sin medida
en las horas de estudio del colegio
cuando el triste maestro se dormía;
borradores que nunca nos gustaron
porque nada en conjunto nos decían
o porque eran vulgares o atrevidos
o llenos de ramplona cortesía.
Carta que en un rincón de nuestra alcoba,
con íntima emoción mal contenida,
logramos escribir sobre la mesa
que hicimos con un libro y una silla,
y cuya carta, ante el ruido
del gato que husmeaba en la cocina,
escondimos, temiendo descubierto
el secreto mayor de nuestra vida.
Carta que nos costó muchos paseos
y zozobras teniéndola ya escrita,
para hacerla llegar hasta las manos
de la nena a quien iba dirigida,
no sin romper el sobre muchas veces
para cambiar su fecha a la del día
aquel en que creímos ver llegada
la ocasión favorable y decisiva...
¡Oh, carta aquella que escribimos todos
con la ilusión de nuestra edad florida,
cuya respuesta conservamos siempre
con un rizo de oro de la niña!
Respuesta escrita a lápiz—ya borrosa—
con una ingenuidad que nos cautiva
y que nos dice, entre otras cosas bellas:
"¡Si se enteran mis padres algún día!..."

A. RODRIGUEZ DE LEON.

COMENTARIOS A UNA CARTA

La obra cultural de los españoles de Buenos Aires

(Federico García Sanchiz obligó a la Institución Cultural de Buenos Aires a publicar una carta en "El Sol" de Madrid por las insolencias con que el brillante parlanchín de las "Charlas líricas" la juzgara. Luis Olariaga la comenta con el siguiente artículo, en el que considera a García Sanchiz "uno de nuestros literatos del género ínfimo").

Se ha publicado en "El Sol" una carta de la Institución Cultural Española de Buenos Aires defendiendo a la colonia española de aquella capital de los ataques que por lo visto le dirigió desde un periódico de Madrid uno de nuestros literatos del género ínfimo que ha ido en misión de alta cultura a la Argentina.

No aspiro a auxixliar a la referida Institución en su noble empeño de refutar los ataques de la correspondencia a que se alude, porque no he tenido el honor de leerla ni son agravios que, por su procedencia, puedan inferior a nadie daño alguno; pero parecería que la carta de la Institución Cultural no había hallado aquí el merecido eco si quedase rodeada de silencio. Y yo que he estado en Buenos Aires—aunque muy poco tiempo—y he tenido ocasión de percibir la patriótica pasión de aquella coonia española y de comprobar la trascendencia de su labor por el prestigio de nuestra Nación y de nuestra raza, me creo obligado a calificar de incomprensión y de ligereza todo cuanto un español pueda decir en menoscabo de nuestros compatriotas de la capital argentina.

Es indudable que la colonia española de Buenos Aires no ha creado las afinidades raciales ni la comunidad de idioma y de sentimiento, y aun de cultura, en gran parte, que existen entre los pueblos hispano americanos y la madre patria, pero sí ha iniciado, organizado y fomentado el movimiento de revelación de nuestra cultura moderna, que ha hecho renacer en aquellos países el respeto y la fé en nuestra raza. Eso sería bastante y sobrado para que los restantes españoles debiéramos a nuestros compatriotas de Buenos Aires gratitud eterna.

Si hoy se conoce y se estima y se estudia en América a nuestros médicos, y a nuestros filósofos, y a nuestros filólogos, y a nuestros matemáticos, y a nuestros físicos, y a nuestros intelectuales en general, es debido a la generosidad y al fervor patriótico de los españoles de Buenos Aires. Ellos organizaron la visita de Altamira, y de Posada, y de Menéndez Pidal, cuando en América se hallaba más en crisis la fama de nuestra nacionalidad y se creía a España una Nación caduca, agotada e incapaz de asimilarse el espíritu moderno de la era científica. Ellos crearon la Institución Cultural de Buenos Aires e hicieron desfilar por las Universidades del Uruguay y de la Argentina a muchos de los profesores jóvenes representativos de la España europeizada que más podía impresionar a aquellos pueblos afanosos de progreso y de porvenir y poco atentos a la tradición y a las glorias del pasado. Ellos dieron lugar a que las Universidades argentinas comprobasen el valer de la juventud intelectual española y comenzasen a invitar a nuestros profesores para que trabajasen fraternalmente en sus cátedras y laboratorios, y les creasen seminarios como los de Filología y Matemáticas de Buenos Aires. Ellos honraron y agasajaron y rodearon de entusiasmo y de devoción a los embajadores de la cultura española, y fueron los primeros heraldos de sus éxitos.

Si hoy nuestros literatos y nuestros artistas en general—no aludimos a ciertas personalidades que siempre influyeron—tienen mayor resonancia, y todo cuanto sea español encuentro mis simpatías y más consideración en América, es consecuencia de haber contribuído la colonia española de Buenos Aires a exhibir el renacimiento cultural de nuestro país y a demostrar cuan infundada era la creencia en la pérdida de vitalidad de la raza y en la incapacidad de la madre patria para plasmar un espíritu más ajustado a las nuevas ideas y nuevas formas de sensibilidad de la época. Y hablo de América porque la labor hispanista realizada en la Argentina ha repercutido, en mayor o menor grado, en todos los países de habla española, y ya empiezan a ser buscados nuestros intelectuales, incluso en algunas pequeñas y modestas repúblicas.

Esa obra de la colonia española de Buenos Aires es tanto más meritoria en cuanto que ha nacido exclusivamente del patriotismo, del desinterés y del sacrificio. La han realizado en su mayoría emigrantes que salieron de España con instrucción muy modesta, y, sin embargo, acertaron a comprender que la labor más útil que podía hacerse en tierras de América para elevar el rango de nuestra nacionalidad, era la de llevar hombres de ciencia, y a ello dedicaron parte de sus ahorros, en algunos casos desprendiéndose de lo que les hacía falta. E hicieron su sacrificio sin más finalidad ni más recompensa que la muy noble de ver cambiar el equivocado concepto que en aquellos países existía sobre los españoles y sobre España.

Esa obra—y sólo estoy destacando sus esfuerzos de mayor trascendencia política hispanoamericana, pues ha realizado otros muchos también admirables en diferentes conceptos—no puede olvidar ningún español consciente cuando pretenda enjuiciar a nuestros compatriotas de Buenos Aires. No se halla tan sobrado ningún país, y menos España, de elementos altruistas y ardientemente patrióticos que se preocupen profundamente por el porvenir de la raza y dediquen a ello sus ilusiones y sus dineros. Para hablar sin consideración de los que estamos citando, sería preciso haber hecho cuando menos otro tan to que lo que han hecho ellos. Y no creemos que haya adquirido aún ese derecho el literato de género ínfimo que ha promovido el lamentable incidente a que se refiere este artículo.

Luis OLARIAGA.

ECOS

Yo también, como tú, siento el quebranto
que me atormenta el alma dolorida;
también grita mi pena, enloquecida,
y lloro de amargura cuando canto.

Yo, lo mismo que tú, siento el espanto
de que en lucha tnaz venza la vida,
y de que un día, al remover mi herida,
no encuentre en ella ni dolor ni llanto.

¿Por qué todo en el mundo es inestable?
¿Por qué se ha de olvidar lo inolvidable?
¿Por qué ha de renovarse cuanto existe?

Yo así defiendo como tú, anhelante,
contra la cura del olvido triste,
la herida de mi amor agonizante.

Rosa CANTO.

El preso que no podía ser bueno

Yo no puedo ser bueno, señor abogado—me dice el preso.—¡No se canse !Para ustedes, los que no tienen detrás de sí un estigma, o un defecto físico hereditario e imposible, la virtud es un deporte. La ejercitan ustedes todos los días, más o menos. La mañana que se levantan tarde o cansados, apenas tienen fuerza para ejercitarla. Ese día es aquél en que ustedes cometen una picardía, un traición o cualquiera acción reprobable. Yo soy otra cosa, señor abogado...

—Bien; pero la moral..., la necesidad de caminar por la sociedad en que todos no son buenos, pero lo aparentan... Ese horrible puntillo que se clava en la conciencia...

El preso me mira tranquila y serenamente. Brillan, sin embargo, en sus pupilas latigazos de sangre. Hay algo en este instante que parece asomarse a sus ojos, removiendo un sedimento ancentral. Y me interrumpe:

—Va usted a oír mi historia. Antes he de preguntarle: ¿conoce usted Castellón? ¿Conoce usted sus montañas?

—¡Oh, el "Mons Idubeda" de Ptolomeo en las estribaciones inmediatas a Vall de Uxó! ¿Que si conozco aquellas ingentes moles, cuyos trías tantos efectos de erosiones presentan y tantos alzamientos de terrenos y tantos pujantes acantilados? ¿Que si conozco aquella famosa Alfondeguilla, centrada en el monte y encajonada por todas partes, en donde surgen desbordamientos de rocas violáceas, que son como la patente de tremendos cataclismos geológicos?

—¿Ha estado usted alguna vez en la "Peña de la Recién Casada"? ¿Sí? ¿Ha estado usted? Pues allí se arrojó mi madre, días después de venir yo al mundo. ¡Ojalá me hubiese muerto en seguida!

Pero el preso no llora al lanzar esta exclamación sacrílega. Antes bien, su rostro se contrae en un rictus de espantoso dolor, sus ojos no miran a ninguna parte por ansia de ver muy adentro del destino...

Y me cuenta la historia. Su madre, moza aún, por azares de familia, a la que hubo de acompañar, marchó un día a Melilla, en cuya ciudad puso su padre un ínfimo comercio de comidas. El deseo de enriquecerse les llevó a salir al campo, para estar más cerca de los soldados, que es gente que paga bien sin andarse con remilgos. Hasta que una noche... ¡Bárbaros moros! El preso no sabe más sino que todos los de la cantina fueron apresados, y que aquella moza fué objeto de los más atroces tratos y del más infamante vilipendio. ¡La libertad llegó al fin! Pero aquella moza guapa, honesta y dulce llevaba en sus entrañas el germen del ultraje varonil. Huyó a su pueblo, y allí, a escondidas, vergonzosamente, nació el muchacho. Su madre no quiso ni verlo. Gritó como una posesa, blasfemó, intentó matarse. Y sólo quedó calmada cuando le aseguraron que aquel misero engendro había ya salido de casa para ser depositado en la inclusa de la ciudad.

Aquella noche, en un instante de descuido, la moza, sin porvenir y sin posible alegría ya para siempre, salió al campo, y desde el sitio que la leyenda había popularizado, desde la "Peña de la Recién Casada", se arrojó al abismo.

Ahora llora en silencio, amargamente, con el dejo inconsolable de quien ha llorado mucho.

—Es verdad, buen amigo, es verdad—le digo yo.—Usted no puede ser nunca bueno. ¡Usted no debe ser nunca bueno!

Antonio CASES.

Leamos a Tagore

Tagore es el poeta hondo y suave; el poeta que nos conmueve por el impulso sublime de su lírica, realmente inagotable y siempre tensa a través de todas sus obras. Tagore, que se adentra en la indagación psicológica y ética, queriendo revelarnos, gracias a la profundidad de su mente, los misterios del alma humana y la verdad, la razón y la belleza de todas las cosas.

Cuando aquí lo hemos visto y oído, nos impuso por la sencillez venerable y majestuosa de su porte, por la bondad de su sonrisa, por la intensidad de su mirada que no escruta. Irradia de su faz encuadrada en una cabellera toda blanca, la sonrisa más dulcemente infantil que es posible imaginar. Los ojos, bajo una frente tan amplia y pensativa, tienen algo de infinito; es como si nunca hubieran llorado; es como si nunca hubieran sufrido, y sin embargo...

Cuando Tagore habla, su voz se modula como el cantar del agua que corre, finita al comienzo, apenas un hilito de plata; se profundiza y se agiganta luego; todo él se transforma a medida que la disertación avanza; la figura recién inmóvil, vibra de pasión y de vigor, los ojos inmensos lanzan destellos de luz, toda su faz irradia la fe y el convencimiento de la verdad de cuanto dice. Sus manos, de palma pequeña y profundamente surcada, y de largos y finísimos dedos, accionan y están en vibrante armonía con toda su figura. Es difícil imaginar una vehemencia más suavemente subyugadora. Cuando habla, es como cuando escribe: las imágenes se suceden con riqueza de raudal.

Traducidas sus obras del bengalí (lengua natal) al inglés, al francés luego, al español en seguida, al italiano, alemán, y ruso... fué como si el mundo entero se iluminara con la luz de una nueva vibración.

Hay algo de tan universalmente humano en su poesía y en su prosa, con tan penetrantes y armónicos sus pensamientos, que las traducciones, si bien posiblemente, quitan belleza de ritmo, trasmiten empero toda la esencia de su pensar que se hace familiar y querido com la luz del sol que no tiene patria!

Podrán ser para nosotros, exóticos los nombres de los personajes, de las flores, de los árboles, de los ríos que enhebra en su poesía o en sus versos, pero sentimos como nuestras las expresiones de ternura que emplea, los matices de los sentimientos que desenvuelve, el canto a la Naturaleza que a cada paso entona.

Hay que venerar lo que él venera: su "Gitanjali" es bien "una ofrenda lírica" ¡Hay que vibrar con su ansiedad en sus relatos las "Piedras hambrientas y otros cuentos" y en sus dramas: "El cartero del rey", "El asceta (San y Así)", "El rey y la reina", "Malini", "Chitra", etc. Hay que sentir con él la elevación de sus poemas, p. e.: "El jardinero" (poema de amor y vida), "Cosecha", "Cielo de primavera" (comedia), "Pájaros perdidos", sentimientos y pensamientos... Hay que seguirlo en su alta aspiración y especulación filosófica y ética, en su profunda obra "Sadana" (Real concepción de la vida), y hay que admirarlo y comulgar con él, en "Luna nueva", poema de niños. El que tan grande y que tan alto ha remontado, es todo suavidad cuando tiende sus brazos hacia los niños, cuando acaricia sus cabecitas, cuando se arrodilla ante su frágil gracia y cuando de sus labios brotan palabras tan dulces que el poeta resume en sí la ternura de todas las madres y la balbuciente suavidad de los pequeñuelos. Por esto recomendamos "Luna Nueva". Su frescura en boca de un sabio todo blanco por los largos años vividos, es el "natural" milagro de la luz que ilumina su alma, luz tanto más intensa cuanto más años pasan, porque a medida que el cuerpo envejece el espíritu más se ilumina en quien como Tagore sabe amar como él ama. Así, "para quien lo sabe amar, el mundo se quita la careta de lo infinito, se hace tan pequeño como una canción, como el beso de lo eterno".

Terminando estas líneas recuerdo los versículos de los Vedas, que Tagore recitó luego de hablar sobre la "inmortalidad" y la "felicidad" y describir al "árbol" en su armoniosa y potente afirmación de vida, en la cual cooperan cada una y todas sus partes, desde la raíz hasta la última hojita. Para llegar a la verdadera felicidad—dijo—hay que ser capaces de una simpatía amplia, no sólo hacia los hombres, sino también para con los animales y las plantas: simpatía con todo el inmenso mundo. Por este camino se llega a la felicidad y a la liberación y quien así siente no puede temer la opresión.

Tagore recitó los versículos en sánscrito, todo el fervor con que siente sus creencias lo revelaba su espontánea actitud: entrelazadas las manos, suavemente inclinado, la noble belleza del rostro encuadrado por los bucles de plata: parecía iluminado de paz y todo su cuerpo blandamente recogido se balanceaba acompañando las notas de la plegaria en modo netamente oriental. Rezaba:

"Conducidme de lo ilusorio a lo real
Conducidme de las tinieblas a la luz
Conducidme de la muerte a la inmortalidad".

Victoria GUKOVSKY.

¿Por qué las maestras se casan poco?

En esta notable carta el prestigioso profesor D. Rodolfo Senet da a conocer sus puntos de vista contestando la pregunta que sirve de epígrafe a estas líneas.

Le ha sugerido estas reflexiones, un capítulo del libro "La Mujer Maestra" recientemente aparecido y del que es autor José D. Forgione.

Señor José D. Forgione.

Apreciable amigo:

Recién ahora he podido leer sus trabajos que son elevados y sinceros, persiguiendo siempre una sana ética. Además, están muy bien escritos.

En su trabajo "¿Por qué las maestras se casan poco?", debo hacerle estas reflexiones: el problema de sus fundamentos es esencialmente biológico; lo sociológico, que es lo que allí se discute, no es originariamente primitivo, sino derivado del mismo factor biológico. De este modo, debe hacerse más general y extenderlo a todas las mujeres cultas, y se puede establecer, como regla actual (de ninguna manera futura,) que el porcentaje de las casadas disminuye progresivamente de la mujer inculta a la mujer superior.

La causa biológica reside en que la mujer, que no es solo la madre del individuo, sino la de la especie, es la que inconscientemente e instintivamente cuida la vida de la especie.

Antropológica y biológicamente se demuestra (como lo he probado en mi obra "¿Es superior el hombre a la mujer"?) que la mujer es eminentemente conservadora, y si solo agrega dosis infinitesimales, en cambio es la que detiene los procesos de bestialización; por eso, en los pueblos inferiores resulta desde un punto de vista la mujer superior, siendo lo contrario en los superiores, donde obra como valla a todo proceso que, por rápido, puede hacer peligrar la vida de la especie.

Observe usted que en definitiva a los efectos de la reproducción es la mujer, y no el hombre, la que selecciona (no confundir seleccionar con elegir).

La mujer es de tendencias monógamas, mientras que el hombre es de tendencias polígamas.

Entre cien candidatos, la mujer quedará con uno; el hombre se quedaría con muchas; ¿quién selecciona más?

Seleccionar una entre cien es seleccionar más que quedarse con diez en cien. ¿Estamos?

Bien, pues; nada tiene que hacer el orgullo, la ambición, la cuestión económica, etc., que son secundarias, personales, etc. Y por eso tomando el asunto desde esos puntos de vista no se arriba a nada.

Con lo fundamental que es lo biológico, la mujer selecciona haciendo primar el interés específico, y es por eso por lo que quiere lo mejor y que desecha todo lo que sea inferior a ella.

Toda mujer (salvo lo anormal), quiere por marido a un hombre que la supere, o por lo menos que la iguale.

Dado nuestro estado actual, resulta que toda maestra o mujer culta, no quiere instintivamente como marido a un hombre inferior en cultura y con esa tendencia quedan eliminados la mayor parte de los hombres, no menos de un 90 o|o, ya que no pueden ser candidatos los que tienen oficios bajos (carreros, vigilantes, cocheros, barrenderos, peones, etc.) Haga la prueba, déle bromas en serio a una chica culta con un carrero, por ejemplo.

Usted dirá que, en cambio, el número de mujeres cultas es reducido y observa paralelismo con el de los hombres cultos, pero debe tener en cuenta que el hombre no es el que selecciona y que el culto es candidato para todas las mujeres, mientras que la mujer culta no acepta como candidato a cualquier hombre.

De este modo, cuanto más se eleva la mujer, el número de probabilidades de casamiento disminuye, dado que los hombres más cultos no tienen por qué elegir a las mujeres más cultas.

Toda otra argumentación de carácter social es débil y siempre basada en casos particulares, en observaciones insuficientes y generalizadas "ad libitum".

De todos modos, lo felicito. Su esfuerzo es digno del mayor encomio y tiene, a no dudar, mucha más razón que el articulista (1) a quien refuta con buen éxito.

Queda a sus órdenes y lo saluda afectuosamente.

Rodolfo SENET

(1) "Tao Lao", pseudónimo de la conocida poetisa Alfonsina Storni.



SUSANA COLOMBRES DE ROUILLON ECHESORTU

MOTIVOS HUMILDES

Año Nuevo

Todo segundo puede ser el comienzo de una nueva era. En el instante más inesperado tal vez el hombre, o el mundo, tuerce su destino y vaya por rumbos que nunca soñó; posiblemente se detenga y afirme en su rutina; pero no retrocederá sino es para emprender la marcha. Nada sabemos, nosotros tan sabios, sobre nuestro futuro. La gloria, la desgracia, el amor, la felicidad, la muerte nos rodean apri sionándonos el alma, sin que atinemos a dar el abrazo que nos haga señores de la vida. Como niños que se inclinan sobre el precipicio y no hallando distracción retornan a la llanura, así vamos los hombres. Pocos son los que persuadidos del inmenso tesoro oculto en nuestro interior inescrutado se esfuerzan en renovar el espíritu, embelleciéndolo en supremos ideales de mejoramiento propio. La poderosa mayoría ignora la importancia del segundo; no alcanza a percibir la causa nimia que transforma el llanto en risa; anda, trabaja, ansía como farándula que se acostumbra a cruzar con igual desgano ciudades y desiertos. Por esto somos pueblo los que aguardamos el Año Nuevo con la unción mística de quienes creen que San Pedro algún día ha de abrirles la puerta divina del Paraíso. Y con trémula emoción de jugadores nos juntamos, cada familia en su hogar, uniendo esperanzas y remebranzas, aguzando el oído atento para expandir el corazón al repique anunciador del primero de Enero.

Somos la vulgaridad; es decir, la vida. No hay ricos ni pobres, ni talentos ni torpes, ni grandes ni pequeños en este día. Tú y yo que ayer nos distinguíamos, tú por tus prestigios y bienestar y reposo, yo por ser yo simplemente, hoy somos exactamente idénticos. Tú en tu mesa elegante y surtida, yo en la mía ruinosa y desmantelada, a la hora propicia levantaremos el mismo himno elocuente. Es que en el fondo de nuestro espíritu no se remueven las aguas de un idealismo superior. Necesitamos vengarnos del pasado que no nos proporcionó íntegramente la suerte que con locura anhelamos. Necesitamos fortalecernos en la ilusión de cosas mejores, no por nuestro esfuerzo, sino por el azar. Si pensáramos que en cualquier segundo del año despreciado tuvimos millones de oportunidades para ser dichosos, sonreiríamos. No, no concebimos cómo pudimos pasar de largo, frente a lo que ambicionamos. Somos la santa mayoría interminable aferrada a la tradición. Hemos desgastado fuerzas sin obtener el premio terreno. Y ante la cruel verdad tenemos el derecho de despreciar un lapso de tiempo que no nos entregó más que amarga experiencia. No ahondemos, alma, no ahondemos. Corramos un velo de lágrimas a nuestros desencantos. Pero, en seguida, riámonos. Que el Año Nuevo nos tome alegres como mansos esclavos que confían en la grandeza de sus dueños.

Seamos ingenuos como siempre; seámoslo, por lo menos, en esta efeméride social. Después de todo la paz del hogar es también un tesoro difícil de disfrutar. En la jornada en que manos vacilantes abren los calendarios, como niñas enamoradas señalan las cartas en que leerá la buenaventura la gitana vagabunda,—tristecita madame Thebes de la bohemia — no existen angustias por el devenir. Risueños despedimos al 31 de Diciembre porque a su sombra nos acariciaba el 1o. de Enero. Continuemos amables, satisfechos, contentos. Tengamos plena fé en nuestra personalidad y en la de los nuestros. Sostengamos con firmeza el reconfortante optimismo que hoy nos adorna el espíritu. No desmayemos en la acción; al contrario. Canten los labios el himno de la esperanza en las horas afiebradas de la lucha, como fanfarra guerrera que anima a vencidos y triunfadores. Sea Año Nuevo el comienzo de la felicidad para los que aguardaban su llegada; sea de augurios venturosos para los decepcionados; sea motivo de próvidas actividades para los hombres sin tradiciones.

José Guillermo BERTOTTO.

EL MUERTO

Más que nunca encontró hermosa la visualidad del aparato militar, la alegría de las charangas, el efecto de las banderas desplegadas, la solemnidad de los uniformes, el brillo de los botones y charreteras. La colmaba de orgullo el pensar que todo aquello, viejos generales, jóvenes oficiales, bandas de música y banderas sueltas al viento estaba allí, como ella, para recibir a su hijo. A su hijo y a todos los demás. Luego de muchos meses de ausencia en la hoguera de Africa, en el horror de la guerra, volvía entera la batería, con todos sus hombres, como si los Angeles Custodios, importunados por las madres en oración, hubiesen tenido particular empeño en preservarles de la muerte a la hora del peligro. Menos uno: uno faltaba. Ella inquirió a tiempo y se lo dijeron con certeza.

—¿Bajas? Una nada más.

En su alborozo olvidó preguntar el nombre, pero a su tranquilidad bastaba la carta que el hijo escribió a punto de abandonar el campo y que ella apretaba contra el pecho, en espera del momento en que a él mismo le pudiera abrazar.

Ya estaba allí el transporte y de un momento a otro iban a desembarcar. Alguien aseguró cerca de ella:

—Vienen todos.

Se volvió para aclarar:

—Falta uno. ¡Pobre madre!

—¡Pobre!—dijeron unas voces a su alrededor.

—Pero ya ella no atendía, ocupada en descubrir a su hijo entre los hombres reunidos en la cubierta. Advirtió que los curiosos se le habían adelantado y que estaba envuelta en la ola de gente que esperaba. Quiso avanzar y no pudo. Entonces explicó:

—Viene mi hijo, ¿sabe? Si me quedo aquí no me verá.

Y las palabras mágicas le abrían paso entre la multitud hasta dejarla delante de todos, empinada sobre las puntas de los pies para ver mejor a los muchachos que saltaban al muelle.

Este no, ni éste, ni aquél...

Una mujer le dijo:

—Mire, mire usted a ese que queda detrás.

—No, no, señora; tampoco.

Sonreía nerviosa e impaciente.

—Pues ya están todos.

—¡Qué disparate!

—¿No vé que no bajan más? ¡Esta mujer no conoce a su hijo!

—Usted sí que no le conoce.

Y malhumorada se separó de allí, andando hacia los soldados. La detuvo un oficial.

—Atrás; no se pasa.

—Mi hijo.

—¿Viene ahí?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Perico... Pedro Más.

—Voy a ver.

Oyó cómo el oficial gritaba el nombre de su hijo y casi se alegró de que nadie contestara entre los recién llegados. De que no la hubiesen engañado sus ojos ni su instinto.

Vió también cómo hablaba con un cabo antes de volver a su encuentro.

—Su hijo... Su hijo está herido, casi curado, pero no pudo embarcar.

Sonrió al error.

—No, no, señor teniente; no hay heridos, lo sé de buena tinta: una baja, un muerto nada más.

—¿Un muerto? No sé... No sé...

De pronto, la sospecha la hirió en el pecho como un puñal. Corrió a los repatriados y el teniente no se opuso. Casi sin voz, preguntó a un soldado.

—¿Quién es el muerto?

—Pedro Más.

YOSI.

El dramaturgo o el retorno a Shakespeare

Melancólico privilegio el de releer otorgado a los escritores cuando se acercan a la senectud, es luego más piadosamente ilusorio conforme se hunde en ella.

No leemos nunca sino unos mismos libros. Entre esas dos lecturas de las obras únicas intercalamos ojeadas rápidas, tributos de actualidad frívola a los reclamos vocingleros de los arrivistas y de los efímeros. Finalmente, el escritor vuelve a las páginas que iluminaron los días codiciosos y juveniles.

Hauptman, el dramaturgo alemán, relee ahora su Shakespeare. Lejanos para él los días de "Los Tejedores" y de "El cochero Hauschel", purga su realismo perdurable del dramatugo inglés. Son también llegados para él los fervores limpios de otrora en que no hay reservas malsanas para difundir la obra ajena, y en que nos creemos cada mañana descubridor de un nuevo matiz en las cosas, los seres y las emociones.

Así, Hauptman piensa buen empleo para su senectud la nueva interpretación de "Hamlet". No a la manera esnobista y absurda del cómico que lo encarna vestido de frac, sion procurándole aún mayor propiedad verbal e ideológica, restituyéndole cuanto pudiera haberle sido arrebatado o desvirtuado por el tiempo.

Así, el retorno a Shakespeare es un ejemplo que debiera aconsejarse a nuestros autores y a nuestros cómicos. Por olvidarlo y, sobre todo, por no escuchar a "Hamlet" en sus verdaderas palabras, nuestro teatro está en esa media edad inconsciente equidistante de la juvenilia entusiasta como de la madurez reflexiva.

José FRANCES.

EL ABUSO DEL VINO

(Leyenda árabe)

Dicen los árabes que cuando Noé hubo plantado la viña, Satanás fué y la regó con sangre de pavo. En cuanto aparecieron las hojas, rególa con sangre de mono; al formarse los racimos, con sangre de león; y cuando la uva estuvo madura, el riego fué con sangre de cerdo...

Y bien, agregan, alimentada la viña con la sangre de esos cuatro animales el vino hatomado los caracteres de todos ellos. Así, a los primeros vasos de vino, el hombre bebedor se vuelve más confiado en sí mismo, es jactancioso, lleno de orgullo: la sangre de pavo ha producido sus efectos.

Los vapores del pérfido licor empiezan a subírsele a la cabeza, está contento, salta, hace piruetas como un mono. La ebriedad se apodera de él, es un león furioso. Llega al colmo de la borrachera, cae y como el cerdo revuélcase en el suelo, se estira y duerme.

EPITAFIOS CÉLEBRES

Aparte el recuerdo piadoso de deudos o amigos, la vanidad de los muertos, a veces, y casi siempre la de los sobrevivientes, hace que los sepulcros se ilustren con epitafios que sintetizan lo más culminante en la vida pública o privada del que ya duerme el sueño eterno.

El afán del hombre de perpetuar su breve tránsito por la tierra, de que sus obras perduren a través del tiempo y del espacio, le aguija de continuo, y aun en la mansión del perennal silencio trata de alzar su voz para ser oído, y si el muerto no se pagó jamás de semejantes inanidades, los que le amaron o le admiraron le pondrán el epitafio a manera de abreviado panegírico.

El tiempo, sempiterno segador de vanidades, siega también las esculpidas en mármol o en bronce. Todo desaparece, y al cabo de unas cuantas generaciones nada existe que recuerde a las pretéritas, ni aun en sus hombres más eminentes.

De los epitafios que en pasadas centurias se grabaron en soberbios mausoleos o en modestas sepulturas de reyes, héroes, filósofos, poetas y artistas, sólo unos cuantos, muy pocos, se salvaron del total olvido.

De entre los que han llegado hasta nosotros de la antigüedad clásica, recordaremos en este artículo algunos de los más notables.

Leónidas, con trescientos espartanos, intentó detener, como es sabido, el formidable ejército de Jerjes en las Termópilas, desfiladero de Tesalia que sirvió de tumba al puñado de héroes lacodemonios y de altar de la patria a Grecia.

Simónides de Ceos, el gran poeta contemporáneo que, con inspiración arrebatadora cantó las victorias de Maratón, de Salamina, de Platea, fué encargado por el pueblo griego de celebrar la abnegada y patriótica hazaña, una de las más emocionantes que registra la Historia. Simónides escribió una oda a Leónidas y su reducida hueste, com posición de la que, desgraciadamente, sólo se conserva una estrofa, y el siguiente epitafio, grandioso en su conmovedora sencillez:

"Caminante: ve a decir a los Lacedemonios que estamos aquí enterrados por obediencia a sus leyes".

El atleta y poeta lírico Timocreón de Rodas sentía odio mortal hacia Temístocles.

Seguramente ignoraríamos que tal poeta hubiera existido a no ser por la fama que le dieron las composiciones que dedicó al vencedor en Salamina, al que llamaba "embustero, traidor y aborrecido de Latona" echándole en cara que se dejara corromper por el "vil dinero" y se negara a devolverle a él, Timocreón, "a Ialicos, su patria", habiendo por tres talentos levantado el destierro a unos, desterrado a ctros, y condenados a varios a muerte. (Conviene advertir que al tal Timocreón, acusado de "medismo" o partidario de los medos, le desterraron de Atenas, donde fué huésped y amigo de Temístocles, quien dió también su voto contra él). Y agregaba:

"Ahora en el Itsmo, hecho mesonero,
fiambre vende, y los que prueban de ella
hacen plegarias por que el fin del año
el avaro Temístocles no vea".

(Plutarco: Vida de Temístocles).

No se puede negar que el rodio era rencoroso y hombre de mala lengua.

Simónides, el mismo que compuso el epitafio de los héroes de las Termópilas, trazó este otro del maldiciente poeta:

"Yo, que reposo aquí, Timocreón de Rodas, he comido y bebido bien y he hablado muy mal de los otros".

Esquilo, uno de los más excelsos poetas que ha habido, llamado justamente el padre de la tragedia griega porque la dió vida perdurable con sus geniales obras, de insuperable intensidad dramática, entre las cuales la "Orestiada" puede parangonarse por la grandiosidad de su concepción con la "Ilíada", no tuvo en cuenta, al redactar el epitafio qre debían poner en su tumba, sus triunfos de poeta, que inmortalizarían su nombre, o acaso con plena conciencia de su valía, evocó tan sólo sus hazañas guerreras, y vaga y melancólicamente su voluntario destierro de la patria.

He aquí el epitafio:

"Este monumento encierra a Esquilo. Nacido ateniense, murió en las fértiles llanuras de Gela. El renombrado bosque de Maratón y el Medo de larga cabellera dirán si fué valeroso: bien lo vieron".

Arriano, en su "Historia de las expediciones de Alejandro", a propósito de la llegada del héroe macedón a Anquialo, ciudad de Cilicia, fundada por Sardanápalo, rey de los asirios, describe el sepulcro de su fundador: hallábase junto a la muralla y tenía una estatua que le representaba en actitud de juntar las manos como si fuera a palmotear alegremente.

Al pie de la estatua, y en caracteres asirios, leíase esta inscripción, que Aristóteles, indignado, juzga más propia de un puerco que de un hombre:

"Sardanápalo, hijo de Anacindárax, fundó en un día a Anquialo y Tarso. Tú, transeunte, come, bebe, diviértete; todo lo demás es indigno de este aplauso".

Aplauso que parece indicar—agrega el historiador—el movimiento alegre de sus manos.

Indudablemente, Sardanápalo, cuyo nombre se ha hecho proverbial para designar a un príncipe o gran señor, vicioso y afeminado, fué un precursor del materialismo de Epicuro.

Alejandro LARRUBIERA.



Inés Lidelba, la deliciosa soubrette italiana, que anuncia para el entrante una jira por la Argentina

ANECDOTARIO DE JUAN MANUEL COTTA

El que domó al diablo

Mi hermano Félix, que si alguna vez miente no lo hace tan mal, me refiere que andando por el partido de Villegas oyó el relato que va a continuación y que las gentes de por ahí daban como muy cierto.

Un estanciero de los más acaudalados del lugar había ofrecido a un núcleo de porteños el clásico espectáculo de una doma de potros.

Después de las jineteadas de cuantos quisieran hacerlo, pondría broche de oro a la reunión el gaucho González, mentado por sus hazañas en muchas leguas a la redonda. Era éste un hombre joven, fornido, de un valor y una serenidad a toda prueba. Nadie lo había visto caer jamás del caballo, a no ser en una "boleada" o "rodada", pero siempre de pie, con las riendas en la mano y aun echando una pulla a propósito del suceso.

El patrón pensaba lucirse con su domador. No era tampoco otra la aspiración de González, quien durante la semana anterior al día de la prueba se había ensayado en los ejercicios más arriesgados, saliendo constantemente victorioso en todos.

Cuando llegó la ocasión, las damas y caballeros de la Capital quedáronse sorprendidos ante la destreza y coraje de la mayoría de los gauchos, que hicieron proezas sobre sus pingos.

Deseando ofrecer una impresión aun más fuerte el patrón previno a todos que ya verían a González, quien en ese momento venía trayendo una manada de esas que jamás han entrado a ningún corral.

Los compañeros de González referían que en su afán de lucirse, el gaucho decía a cada rato:

—¡Siquiera me tocara jinetear al mismo diablo!

Cuando después de mucho trabajo se consiguió encerrar la manada cimarrona, comenzaron los entendidos a calcular cuál sería el mejor potro, esto es, el más bellaco y bravo.

En seguida llamó la atención de todos un animal renegrido, lustroso, que daba bufidos y que parecía de elástico al girar de un lado para otro. Aunque ya era potro hecho, estaba orejano. Esto revelaba que jamás había entrado a brete alguno, ni había probado el tirón del lazo.

—¡Ese, patrón! — dijo regocijado González.

—Ese, le respondió el dueño. — Y te lo doy si no te voltea...

—¡Qué me ha de voltear! Ni aunque fuera el diablo. Y mejor si fuera...

Con gran trabajo, pero sin cansarlo, consiguieron amarrar al terrible animal a un palenque. Le pusieron las caronas y ni mosqueó.

—¡Caray! — gritó el gaucho.— Me parece que es más manso que un borrego.

Después que montaron los dos "apadrinadores" clavóle González las espuelas y lo castigó con alma y vida, de derecha a izquierda, por la barriga.

—¡Oh! pero éste es un matungo! gritó.

—Castíguelo más, — insinuó el patrón.

González se le afirmó con rabia hasta por la cabeza y le hizo jugar las "lloronas" desde el pecho hasta el anca.

El obscuro entonces salió al galope. Al rato corría campo afuera sin dar un corcovo. Y, finalmente, era tal su furia en dirección a unos médanos que tiró lejos, pero muy lejos a los apadrinadores, no obstante que iban admirablemente montados.

Un instante después se veía al jinete agitando sin cesar el rebenque sobre lo más alto del médano. Parecía que las patas del animal no tocaban en el suelo. Al momento desapareció la silueta ecuestre del gaucho, y solo se divisó a los apadrinadores acercándose y luego subiendo a todo galope.

Lo que estos dos paisanos relataron maravilló a todo el mundo. Al bajar hacia la falda opuesta, aun pudieron divisar cada vez más lejos y suspendido en el aire al infernal bruto, hallando a González ahí no más, junto a unas matas de paja brava. Estaba sobre su recado, con las riendas en la mano y el rebenque en la otra, azotando los pastos, clavando las espuelas en la arena y gritando:

—¡Y había sido el Diablo! ¡Pingo, pingo, vamos!

Grande era la expectativa de la concurrencia, y no tuvo límite el asombro de todos cuando los apadrinadores volvieron con González maniatado para dominarle la locura furiosa que le había acometido.

Al ver al estanciero, el paisano, llenos los ojos de lágrimas, gritó nuevamente:

—¡Había sido el Diablo patrón!... ¡Solo el Diablo me ha volteado! ¡El Diablo, el Diablo!...

xx

Broma pesada

En una chacra cerca de nuestro campo, en Chivilcoy aconteció un hecho notable que paso a narrar. Había un mocetón que solía balaquear, haciendo alarde de guapeza, de que ya le iban a probar.

Los amigos le habían sentenciado. Pasado un tiempo sin que se conversara al respecto y sin que se hicieran apuestas, en mala hora se le ocurrió a uno de los peones de la chacra sacarle todos los plomos al revólver del guapo, dejándole solo las cápsulas para darle un buen susto esa noche.

Cuando encontró la oportunidad, el bromista se ocultó en la pieza debajo de una cama desocupada, antes de que el mocetón se fuera a dormir.

A la hora de costumbre se acostó éste, trancando bien las puertas.

No había hecho su primer sueño, cuando sintió que le tiraban las cobijas. Alarmado, sin duda, sacó el revólver que habitualmente tenía debajo de la almohada y miró. En medio de la pieza, un bulto blanco, que apenas se distinguía en la obscuridad, daba saltos y rugía, aproximándosele.

Sin aguardar un segundo más, le apuntó e hizo fuego. El bulto, sin tambalearse avanzó al mismo tiempo que le arrojaba el proyectil de la descarga. Volvió a descerrajar otro tiro y aconteció igual cosa. En una terrible desesperación martilló vertiginosamente las cápsulas vacías que le quedaban, y con la última detonación se desplomó exánime.

Al no oirle respirar, el bromista, dándose por satisfecho, encendió un fósforo, y cual no sería su terror al contemplar al desdichado balanqueador muerto, con los ojos desmesuradamente abiertos y la lengua salida afuera como para prolongar el último ¡ay! de su indecible desesperación.

Como la contemplación del cadáver así horrorizaba, se fué a buscar a la esposa de un chacarero. Doña Teresa, que tal se llamaba la mujer, hizo las cosas que por allá se comentaban largo.

Sola, en una pieza, obscura, roció el cadáver con "Agua Florida" y llamándolo por su nombre lo invitó a guardar la lengua. El muerto la obedeció y entonces su semblante cobró un aspecto sonriente, como si enterado de que aquello había sido una broma, tratara de disculpar y animar al atribulado amigo.

Alrededor de Los novios de Manzoni

Significación cristiana de Lucía

Lucía es una pobre aldeana, ignorante y buena, instintivamente recta, simplista y dilemática.

Manzoni nos la pinta muy sobriamente; es agradable el físico, pero la belleza modesta: una de esas bellezas comunes, dotadas más de juventud que de verdadera hermosura. No es, por consiguiente, la protagonista maravillosa desde todo punto de vista. Manzoni no incurre en ese defecto tentador; no hace de su campesina una señorita delicada y sensiblera como Giulio del Cárcano de su Angiola María; es que no es un romático en el sentido más común de la palabra; tenía demasiado buen sentido para ello: su obra está más cerca del naturalismo de Verga que del romanticismo de Víctor Hugo.

La misma sobriedad en lo que al espíritu se refiere. Manzoni es esencialmente sobrio y no ama detenerse en un personaje sin una razón plausible, y rechaza toda frase no necesaria para la comprensión del personaje estudiado.

El espíritu reacciona, frente a situaciones diversas, en modo diverso; estos estados anímicos no son igualmente interesantes y desde luego no son igualmente aprovechables.

He aquí un ejemplo. Una misma persona reacciona en distinta forma ante la noticia de la muerte de su padre y la del aprisionamiento del mismo. Después del primer momento de estupor doloroso en los dos casos, sigue en el segundo una actividad cuyo proceso interesa mayormente al psicólogo y es más aprovechable para el artista.

El artista no debe abusar de una situación psicológica, ni debe insistir cuando ésta no es interesante. Manzoni más que nadie lo sabía; de ahí que resulte a veces demasiado sobrio. Pero es evidente que de lo sobrio a lo obscuro hay mucho trecho y Lucía está, sino prolijamente, perfectamente estudiada.

Lucía posee un espíritu sencillo, propio de su estado y condición; desconoce toda sutileza de análisis, que hace de todo acontecimiento un problema.

El libro se inicia con la suspensión de la boda. Si Manzoni dedica unas cuantas líneas a la descripción de las cavilaciones y sufrimientos de Renzo, no nos dice nada de lo que pasará en el espíritu de Lucía. En realidad no tenía nada que decir; esa lucha entre el deber y la tentación no es propia de la persona enteramente segura de sí; pensar contra el pecado ya es aceptarlo en parte. Lucía recibe los requiebros de don Rodrigo como una desgracia inesperada y brutal y toda su actividad anímica se reduce a la búsqueda y elección de los medios defensivos.

Problema es el casamiento clandestino y el autor nos describe esa alma torturada por la duda, y en esta tortura conocemos la integridad espiritual de Lucía, simplista y dilemática, como queda dicho.

En esa noche fatal ni Renzo, ni don Rodrigo consiguen lo que tanto deseaban, pues ni el casamiento se realiza, ni D. Rodrigo logra raptar a Lucía.

A partir de esa noche el escenario se ensancha, toda la época entra en él y se inicia la parte más dramática de la obra, lo que los antiguos preceptistas llamarían el "nudo".

Lucía, Agnese y Renzo se ven obligados a buscar refugio en tierras extrañas; oh, dulce y melancólico saludo a los montes que te vieron nacer, desdichada y pura Lucía!

Don Rodrigo movido no por el amor, pasión animada aún en sus ínfimas manifestaciones por el aliento divino, sino por la pasión que más repugna al cristiano: el orgullo,—solicita ayuda de otro "signorotto" poderosísimo: el Innominado.

El Innominado, he aquí el personaje fundamental de la obra.

No uso este término fundamental como sinónimo de principal. No, los personajes principales son Renzo y Lucía; pero el Innominado es, sin ser el protagonista, el que dirige todos los pasos, el que encierra en sí la finalidad de toda la obra. Es como la máquina de las epopeyas antiguas, pero una máquina que, a la par que influye sobre los acontecimientos, está por éstos influída.

Desde la primera página del libro hasta la presentación del Innominado todo es persecución para Lucía y estas persecuciones siguen hasta la conversión del Innominado. Después de la conversión, todo, hasta las calamidades públicas, se vuelve en favor de Lucía.

Recordemos. Se refugian Lucía y Agnese en el convento en donde domina la "Señora de Monza". Esta (desdichada víctima y victimaria como todos los humanos) está relacionada con un mal sujeto: Egidio, amigo del Innominado, a quien había acudido don Rodrigo para lograr su fin.

Los medios se adivinan fácilmente: cae Lucía en poder de los enviados del Innominado y la llevan al castillo de su señor.

Atraviesa éste una crisis espantosa. Ya en la vejez, y hastiado, siente resurgir en sí el terror hacia lo desconocido. Claro está que el Innominado no había pensado jamás en un sistema de vida, pero en su subconciencia se había forjado uno, que lo dirigió en su conducta. Había llegado pues, a un punto en que ese sistema subconsciente se hacía conciente, porque ya no aceptaba la conducta inspirada en él. Todos conocemos la importancia que adquiere cualquier acontecimiento en esos momentos de transición, y la muchacha humilde, aterrorizada, que lo suplica en nombre de Dios y de la Virgen con una fé tan absoluta, no

podía dejar de impresionar a un espíritu que precisamente se hallaba en la búsqueda de un nuevo sistema con que reemplazar al anterior.

¡Qué noche terrible para ambos! De un lado el culpable con sus pecados, que adquieren un nuevo valor, ya que los juzga con el temor de Dios; del otro lado la doncella (tienen las doncellas en a religión cristiana un papel preponderante) encerrada en una habitación, cuidada po runa mujer de horrible catadura, temerosa, sospechando la finalidad del rapto. Si la gracia divina cae sobre los mortales merced al sufrimiento de éstos, nunca como en aquella noche debió descender en mayor cantidad.

Y en efecto cayó a manos llenas sobre el castillo infame. El milagro de la cristiandad se renovó. Una voz habló al corazón del maldito y a esa voz surgió puro cual corazón recién nacido.

Lucía sacrifica su amor a su honra: hace a la Vírgen voto de castidad.

Y el espíritu estático hasta este momento, ya que sabía lo que quería y podía lo que quería, se vuelve dinámico en su tortura.

Manzoni ya no lo pinta a vuelo de pájaro. Unicamente el monótono paisaje invariable se puede pintar en esa forma, pero si el llano está con frecuencia interrumpido por cuchillas, y ríos, y montes, y valles hermosos, es menester detenerse y estudiarlo con atención a fin de formarse de él un concepto claro y justo.

Ama Lucía a Renzo y se prometió a la Vírgen. Ya no quiere pensar en su novio y piensa, y cuando piensa en él surge el recuerdo del voto; estos sufrimientos son peores que los pasados.

¿Pero, por qué Manzoni lo puso como escollo a los deseos de los enamorados?

Este voto, a pesar de ser un detalle verosímil y encajar perfectamente dentro de la personalidad de la protagonista, no debe su vida a estos motivos, sino que es necesario para que la obra tenga la alta significación cristiana que siempre se le ha dado.

Renzo sana de la peste. Lucía también, podrían encontrarse y ser felices, tanto más cuando una rica comerciante milanesa, habiendo perdido a toda su familia por la epidemia, ofrece su ayuda generosa; pero mientras el novio busca afanoso a su prometida, ésta quiere arrancárselo de su alma sin conseguirlo; y, salvada, ya sólo ve ante si una vida triste de triste doncellez.

Veamos los últimos episodios del libro: en el lazareto de Milán, en la sección destinada a los varones, Fray Cristóbal cuida a los enfermos y entre éstos don Rodrigo, envuelto en su capa altanera, agoniza.

Llega Renzo en busca de Lucía, se introduce clandestinamente en el lazareto. No conoce el lugar; va al acaso, con el corazón que se le rompe en el pecho por el ansia y el temor de saber.

Encuentra al fraile, que, como sus enfermos, está dominado por el mal.

—Tú aquí!—exclama viéndolo.

Le cuenta el joven sus desdichas. No sabe si Lucía vive o si ha muerto. El fraile tampoco puede decirle nada. Renzo se exalta al pensar que la mujer amada pudo haber muerto lejos de él por culpa del señor y exclama: ¡Oh, si lo encuentro!...

"Ardiresti tù di pretendere—contesta Fray Cristóbal—ch'io rubassi il tempo a questi afflitti, i quali aspettano chio parli loro del perdono di Dio, per ascoltare le tue voci di rabbia, i tuoi proponimenti di vendetta? T'ho ascoltato quando tu chiedevi consolazione e aiuto; ho lasciata la carità per la carità; ma ora tu hai la tua vendetta in cuore: che vuoi da me? Vattene. Ne ho visti morire qui degli offesi che perdonavano; degli offensori che gemevono di non potersi umiliare davanti alloffeso, ho pianto con gli uni e con gli altri; ma con te che ho da fare?".

El Innominado se había convertido, pero la conversión no bastaba para que la dicha volviera a los novios, era menester que el menos resignado, el que más había odiado perdonara.

Fray Cristóbal le pide una oración para el agonizante, porque: "Forse la salvezza di ques'uomo e la tua dipende ora da te, da un sentimento di perdono, di compassione... d'amore!"

Y en efecto, de esta oración depende la dicha de Renzo, porque si Fray Cristóbal hubiera echado al joven de su lado a no mediar el perdón, mal habría desligado a Lucía del voto para entregarla a un hombre que guardaba en su pecho el deseo de venganza.

Los caminos de la providencia son tortuosos, pero seguros, desconocidos para los hombres en la mayría de los casos; deben éstos, empero, tener fé en la alta disposición divina.

"Io non sono andata a cercare i guai: sono loro che son venuti a cercar me"—dice Lucía y no halla razón; — pero un anciano pecador gozaba de una vejez tranquila. La flecha maligna arrojada por D. Rodrigo había llegado a través de un corazón puro al corazón de un malvado y lo había convertido.

Quizás el mal no sirva sino para destruirse a sí mismo.

Renata Donghi de Halperii.

Ofrendando el libro

A EROS

Porque haces tu can de la leona
Más fuerte de la Vida, y la aprisiona
La cadena de rosas de tu brazo.

Porque tu cuerpo es la raíz, el lazo
Esencial de los troncos discordantes
Del placer y el dolor, plantas gigantes.
Porque emerge en tu mano bella y fuerte,
Como en broche de místicos diamantes
El más embriagador lis de la Muerte.

Porque sobre el Espacio te diviso,
Puente de luz, perfume y melodía,
Comunicando infierno y paraíso.

—Con alma fúlgida y carne sombría...

Delmira AGUSTINI.

La pureza del lenguaje

Si nuestra hermosa y rica lengua castellana no fuese tal, sino un idioma pobre de vocabulario y sin la ductilidad maravillosa que le caracteriza para adaptarse prestamente a todas las exigencias de las lenguas extranjeras en la búsqueda de la exacta correspondencia de determinadas voces, estaría explicado y sería hasta cierto punto disculpable que gran número de escritores de los que tienen "su público" irrumpiesen de improviso en sus escritos con multitud de galicismo o anglicismo que, como "demodée, declassés y deplacer, etc., o higth life, season" y otras, tienen en español un vocablo correspondiente y certero que define con precisión y justeza el significado de la frase.

Pero siendo así que el idioma castellano es tan vario, tan susceptible de todas las acoplaciones idiomáticas que se le quieran adscribir, desaparece por entero la disculpa de esos escritores y aparece lo que nosotros consideramos como una gravísima falta de propiedad, de elegancia en el decir, y que supone además una descortesía para con el lector, independientemente de que estas adiciones de lenguas extranjeras, lejos de contribuir a la mayor claridad del párrafo — como algunos erróneamente suponen, — tiende a obscurecerlo, ya que no todo el mundo viene obligado a saber en qué sentido especialísimo y circunstancial ha querido el escritor aplicar aquel modismo dialectal.

Y es evidente que existe la falta a que aludimos, por tanto que los escritores son los que están más obligados que nadie a velar por la pureza y conservación del idioma patrio, evitando toda corrupción, toda intromisión de elementos extraños en el vasto campo de nuestra armoniosa habla castellana, excepto en aquellos casos singulares en que se hace imprescindible la colocación de una voz extranjera, ya sea porque no exista en castellano la de exacta equivalencia, como sucede con la "saudade" portuguesa y el "spleen" inglés — voces irrepresentables en todo otro idioma, dado su localismo genuino, — ya porque la aplicación de aquella frase exprese mejor que ninguna otra el sentido perfecto del predicado.

En estos casos, y no abundando en ellos, caben estas expresiones. Pero no así cuando para la definición concreta de una cosa se pudo decir en neto castellano, sin alteración del texto ni menoscabo de su sentido.

Y únicamente cuando se quisiere hacer gala de un conocimiento lingüístico poco difundido, raro y precioso, podría admitirse—siempre como afán exhibicionista nada más —que el escritor plagase sus páginas de voces cultas, como los culteranos de los siglos XVII y XVIII de nuestra literatura, de los cuales dijo Quevedo, después de haberlos llamados "poetas babilones" en su "Aguja de marear cultos":

Quien quisiere ser culto en un solo día
la "jeri", aprenderá, "gonza", siguiente...

Pero ¿quién supone que un escritor medianamente culto no ha de conocer, aun cuando sea imperfectamente, el francés o el inglés, idiomas ambos que se han hecho universales y que se estudian en casi todas las carreras?...

Realmente, el conocimiento de la lengua francesa, a menos que se sea un Flaubert o un Víctor Hugo, no supone ningún portento de comprensión... En Madrid hay seguramente más de veinticinco mil personas que conocen el idioma francés, y diez mil el inglés...

Debemos, pues, purgar los escritos de todo aquello que no ocupe un lugar definido y preciso, que sirva de elemento para la mayor armonía o claridad del pasaje, ya que ese prurito de entorpecer un párrafo con expresiones extranjeras, que casi siempre corresponden a un sentir o modo característico del país oriundo, como ese otro prurito de que actualmente hacen diario ejercicio Jiménez Caballero y Corpus Barga, no son sino medios sencillísimos de hacer desagradable una lectura, donde con frecuencia hay ideas sanas y originales interpretaciones de las mismas...

El retorcer las cosas no puede conducir a otra cosa que a la desfiguración. Y ya se sabe que el paso que separa lo deforme de lo sublime es un paso... de gigante.

Francisco CARAVACA.



DECLARACION

Un poeta pordiosero
que va diciendo canciones
de amor, y sus oraciones
trata de hacerlas dinero,

hoy, señora, prisionero
de vuestras gracias, perdones
os pide por sus canciones
de amor fingido, embustero.

Y os jura por su hidalguía
que ahora siente el cruel amor
que su alma desconocía,

y comprende, en un temblor,
que ha trocado su alegría
por un punzante dolor.

Víctor GABIRONDO

Un estudiante y su papá

El buen padre iba inflado de orgullo acompañando a su hijo al Instituto.

El niño, un rapacejo como de nueve años, pálido y fino, con unos grandes ojos ardientes de mirar precoz y unos labios desvaídos de anemía, caminaba agobiado al lado de su padre, que le contemplaba con deleitosa satisfacción.

Bajo cada brazo, el niño llevaba un gran paquete de libros, que a duras penas podía sostener con sus manos delgadas.

—¿Cómo va su niño tan cargado? — pregunté al papá.

—¡Ah, amigo! — me respondió — Es que ya se ha hecho todo un hombrecito. Este año empieza sus estudios en serio... Ya ve usted: cerca de cien pesetas en libros me ha costado hace un mes...

Contemplé admirado al rapaz; conté los libros que sostenía bajo los brazos; eran seis u ocho volúmenes, el que menos de unas doscientas páginas...

—¿Y todo esto — interrogué con sincera admiración — va a estudiarlo su niño en un año?

—Sí, sí. ¡Ya lo creo! — aprobó el padre henchido de vanidad — ¡Y aun podría con más!

Nuevamente miré con pena al niño; examiné sus ojos ardientes, como soliviantados por la prematura atención sobre los textos; su rostro pálido, en cuyas mejillas faltaban las rosas de los jugos vitales; su cuerpecito un poco vencido, como si ya estuviera conformado por las largas sentadas ante el pupitre escolar.

Miré luego al paquete de los libros flamantes. Y me estremecí de horror. Yo los recuerdo de mis años infantiles: son unos textos intrincados, profusos, abrumadores... Las más rudimentarias nociones científicas aparecen en ellos envueltas en una prosa mazorral, terrible, agobiadora... Para el cerebro de un niño de nueve años, los libros de primera enseñanza al uso en España son un tremendo castigo... Es forzoso aprender de memoria casi dos mil páginas de seis o siete textos distintos... Así se hacen los aplicaditos, los juiciosos, los que saben repetir a la letra los párrafos de los profesores...

Y así lo que se hace es cometer un delito de lesa infancia. Que un niño tenga que aprenderse seis o siete libros voluminosos sin método, sin arte, forzando su débil cerebro en una atención de seis u ocho horas diarias, es un abuso brutal, un atentado al vigor y al porvenir de la raza.

A la edad en que los niños aquí empiezan a embaular cientos de páginas impresas cuyo significado no desentrañan, cuya letra han de repetir mecánicamente de memoria, lo lógico, lo humano, es que los niños vivan y jueguen mucho al aire libre, que vayan ante el espectáculo de la vida aprendiendo en breves y claras lecciones la noción primera de las cosas que le rodean... Será importante hacer a los niños sabios; pero antes es preciso hacerlos fuertes, como esperanza de que serán felices. Bien está educarlos, pero sin olvidar primero el fortalecerlos.

Y primero aún educar a los padres para que aprendan a no cargar a sus hijos de volúmenes farrogosos mientras sus brazos ean débiles y en sus mejillas no florezcan rosas de alud...

JUAN FERRAGUT

Cosas de negro

Un negro que había sido esclavo de mis abuelos — solía contarme mi madre, — compró cierta vez una buena cantidad de ricas tripas gordas.

Desconfiando de uno de sus negritos pilletes, midió las achuras y las puso en la parrilla, encargándole al chiquilín que las cuidara.

A la hora del almuerzo volvió, y cuál no sería su ira al ver las tripas ya asadas pero mermadas en la mitad. Sin hacerse otra reflexión que la que le servía para acusar de ratero al muchacho, se desató el cinto, y le molió a azotes injustamente por cierto.

El mismo negro, ya libre de su esclavitud, se había comprado un ranchito que él surtía poco a poco con lo adquirido y con lo ajeno.

Cierta ocasión cayó con una ovejita y un carnero. En medio de la alegría de todos comenzó a echar a volar su fantasía de incipiente hacendado, diciéndole a su mujer que el casal de ovinos tendría pronto cría, que de la cría saldría otra cría que de ésta, otra y así hasta llegar a un número incalculable.

El negrito, que abría la boca encantado y ya veía desfilar las majadas de los borregos imaginarios de su padre, exclamó:

—Cuando haya mil, yo voy a pialar los corderitos, tata.

Sin salir de su nimbo ilusorio, el negro viejo rezongó:

—Dios te libre, pícaro, que me los vas a quebrar. Pero aun hubo más. Después de una pausa pensó que no debían detenerse ahí sus apreciaciones. Así fué que, yendo, como de costumbre, sus acciones bruscamente tras de sus palabras, le aplicó al pobre negrito una paliza por las dudas, dejándole de cama.

APUNTES

Afán inútil.—

No quieras alejar de tí el dolor; alma sin dolor no es más que una parodia de alma. Por egoísta, por indiferente que seas, algo te interesará en la vida; no quieras encerrar tu corazón en una terrible caja de hierro, porque algún día llamará el Dolor a él, y si no tiene sitio para expandirse, se romperá.

Deja el paso franco al dolor y no le huyás, porque él es el origen de todo lo noble en el hombre; la compasión, la ternura hacia el que sufre, ¿cómo podrían comprenderse sin haber sido atenazados por el dolor?

No lo esquives, porque te alcanzará; es ley de vida sufrir el dolor; todos los seres vivientes lo conocen, y tú no puedes escapar a esa ley universal; por dura que tengas el alma, el dolor algún día la conmoverá; por insensible que procures tener el corazón, el dolor lo agitará...; algún afecto tendrás en la vida; si no padres, ni hermanos, ni hijos, tendrás un perro, un jilguero, un libro... ¡una idea! El dolor aprovechará la más débil resquebrajadura para meter su agudo dardo y clavarlo hasta el fondo.

No huyas del dolor ni reniegues de él sin conocerlo; dispone de un bálsamo de innegables consuelos para los resignados: el llanto; y de un calmante eficaz para los desesperados insumisos: ¡la rebeldía!—Rosa CANTO.

PIRE - GRUDSKY - PODESTÁ

Importación Directa de Fábricas

Materiales Generales para Instalaciones Eléctricas

Surtido Completo de Calidad



ARTEFACTOS PARA LUZ

Enorme existencia de Arañas, Brazos, Lámparas para mesa, Cristalería extranjera

Modelos artísticos de distinción

Infinidad de estilos

Nuestros precios provocan admiración



ACUMULADORES PARA AUTOMOVILES Y RADIO

EVEREADY

Potentes - Seguros - Durables

Resisten a todas las pruebas

Exclusivista para todo el territorio del país

Concedemos Agencias á personas solventes

POR MAYOR Y MENOR - San Lorenzo 1184-98 - Teléfono 21776 ROSARIO

Vida Literaria Extranjera

MARIA LUISA FIUMI

En la quietud silenciosa, reposada, con aire de olvido, del pequeño despacho de la Embajada, la voz cálida, henchida de acariciadoras vibraciones, de la condesa de Fiumi era grata de oír y tenía calor de afirmación.

Su timbre claro de voz rasgaba con suavidad de raso el silencio recoleto que nos envolvía.

La Condesa (sonriendo). — ¡"Io ho ben poco da dire!"... (Y tras un corto silencio, siguió en el mismo acento italiano unas palabras así, que mentalmente íbamos traduciendo:—Nada propio; nada tengo con que pueda adornarme; ni la fantasía de una fascinación misteriosa, ni tengo un aureola de mujer fatal que sabe adaptarse a la falsa perversidad de cierta moderna belleza... He sido siempre una criatura sana, inquieta, enamorada de la vida, avidísima de respirar el aire puro cón mi nariz, como yegua el viento, y de adorar con verdadero gozo todos los aspectos de la Belleza. Obstinada en formarme mi espíritu con testaruda voluntad...

Yo.—¿De qué parte es usted, condesa?...

Condesa.—De Orvieto... Donde cada atardecido parece que arden sus torres, como gloriosas antorchas encendidas. Allí me crié sola. En un castillo, donde la antigüedad tenía un reposo venerado. (Pausa). Yo no tuve amigas en mi niñez; por eso otorgué a los animales una terneza fraternal. Mis amigos eran un caballito, un can y los "pettirossi", mirlos y canarios...

Entornó los ojos y guardó un breve silencio para revivir los días solitarios de su niñez y adolescencia, vividos en un rincón silente de la umbría mística y supersticiosa, entre viejos muros cargados de recuerdos, sugestiones y años, en un severo ambiente, sin voces ni amistades infantiles; en pleno goce panteísta de la Naturaleza que se le ofrecía prematuramente con su peculiar pujanza.

Yo.—¿Allí empezó su vida literaria también?

Condesa. — ¡Allí!... Desde Orvieto envié mis primeras producciones literarias; las mandaba casi clandestinamente, aunque siempre tuve el orgullo de firmarlas, y ellas me valieron algunos disgustos familiares...

Yo. — ¿Recuerda, condesa, sus primeras lecturas?

Condesa.—Eran poetas: Verlaine, Francis Jammes y Samain.

Yo.—¿Cuál fué su primer libro?

Condesa.—"Nel silenzio", "Novelle provinciali". ¡Cómo recuerdo aquellos días! Había dejado mi vida tranquila pueblerina, y me entré de bruces en el campo literario, en la vida de sociedad.. Y con lo primero que me tropecé fué con la malignidad de las mujeres y con la galantería de los hombres. Aquélla más peligrosa que ésta... (Silencio breve). ¡Recuerdo ahora el gozo que yo experimenté al recibir las primeras pruebas, y la alegría infantil que me producía después la contemplación de mi libro en el escaparate de cualquier librería! Análoga satisfacción, experimentada después, con las primeras críticas y artículos de mi novela.

Yo.—¿Fué muy elogiado?

Condesa.—Sí. Pero no faltó quien no quiso tomarme en serio, sacando a relucir mis blasones, tildándome de "dilettante", y... hubo quien dijo que era casi idiota...

Yo (interrumpiendo). — ¿Qué publicó usted después?

Condesa. — A "Nel silenzio" siguió, con breve distancia, "Solitudine"; los dos tienen, de lejos, de mi adolescencia melancólica. Casi simultáneamente con "Solitudine" publiqué "Vallegloria", historias fantásticas, que se separan bastante de mi producción literaria. No es éste un hijo espiritual, querido. Lo guardo, lo tengo, pero no lo reconozco...

Yo.—¿Qué publicó usted después?

Condesa. — "L'Ignoto"... Libro amargo; su acción se desenvuelve en Stosis y en Gubbio.

(La condesa Fiumi guardó un silencio, y luego exclamó con delectación:)

—"Soprattuto" L'Ignoto "e un libro profondamente mío"...

Sin que la dijera nada, continuó:

—Después de "L'Ignoto" publiqué "Passione", de ambiente campesino; tema predilecto que he vuelto a tratar ahora en "Terra mía". Esta novela la publiqué después de un largo espacio de tiempo, dedicado a las tareas periodísticas, a la crítica y a dar conferencias... (Silencio ancho. Muda interrogación con la mirada. Y prosiguió): Cuando busqué descanso y distracción de las duras tareas periodísticas me fuí a refugiarme a la casona severa de calma y reposo solemne, y allí, cuando tuve bien madurado el asunto y pensado con sensual deleite, me puse a escribirlo; es un libro de una sinceridad exasperada... En "La Moglie" hay mucha vida íntima. oL escribí corriendo, sin respirar, talmente presa de la vida de aquella "criatura" mía, y no viviendo entonces más que para ella y por ella... "La Moglie" es el único libro mío que aún tiene raíces en mí... Es como el hijo no bien arrancado del seno materno...

Yo (interrumpiendo).—¿Qué autores de su país son sus preferidos?

Condesa (sonriendo).—Ada Neyri, Virgilio Brocchi, Mario Puccini y Gracia Deledda...

Yo.—Y dígame: ¿qué misión la trae a España?

Condesa. — Traigo una misión oficial de mi Gobierno. Me envía el Duce para hacer propaganda literaria. (Y luego, intencionadamente): Pero nada de política; mi misión es literaria exclusivamente...

Yo.—¿Por qué tiene empeño el Duce en hacer propaganda literaria en nuestro país?

Condesa.—Porque aquí no se conoce nada de nuestra literatura. ¡Y es tan parecida a la vuestra! Nuestra sensibilidad y la vuestra son afines. Nuestras costumbres, también. Oyendo en Cataluña, en donde he pasado una temporada, canciones populares, creí que estaba oyendo cantos de Umbría. ¡Hasta el paisaje! El Tibidabo me recordaba las colinas toscanas. Montserrat me hizo pensar en La Verna... (Silencio hondo). Nuestra literatura de ahora es superior a la francesa, que es, en cambio, aquí más conocida. Nuestros novelistas se preocupan más de hacer ambiente y carácter. Regionalismo... Y mientras la literatura de Francia está en decadencia, la nuestra está rejuveneciéndose...

Yo.—¿Qué propósitos son los suyos?

Condesa.—Dar varias conferencias. Y visitar varias poblaciones españolas del centro y del Sur. Tengo verdaderos deseos de conocer Avila. Por Santa Teresa. Algunas de mis conferencias versarán sobre el tema "Las figuras femeninas alrededor de Santa Teresa". Me interesan mucho los místicos. Es una literatura que me seduce.

Yo.—¿Qué místicos españoles ha leído?

Condesa. — Santa Teresa, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz Fray Luis de Granada...

La condesa mira al relojito de pulsera una y otra vez. Adivinamos su impaciencia. Nos excusamos cortésmente, y la ilustre escritora se dispone entonces a salir de la Embajada de Italia para ir a la Nunciatura. La acompañamos. Cruzamos la calle Mayor y nos adentramos por la del Sacramento. En aquel quieto remanso madrileño, que parece haber detenido el peso de unos años, se oyó de pronto la voz de mi acompañante. que en puro acento e idioma italianos contestó displicentemente a una pregunta mía:

—D'Annunzio está lejos de nuestra sensibilidad...

E. ESTEVEZ-ORTEGA.

La eterna historia

El pobre Adolfo era un verdadero modelo de bondad y de virtud. Hombre lleno de mansedumbre y humildad, vivía consagrado al cariño de un hogar formado con muchas privaciones e innumerables trabajos. Incapaz de sentir ninguna rebeldía, era sumiso y modesto; pero estas cualidades, lejos de atraer hacia él la consideración y el afecto de sus amigos y compañeros, le hacían sufrir toda suerte de amarguras. Aquí, donde la audacia suele ser el talismán que nos abre todas las puertas, y la inconsciencia agresiva y violenta, la razón fundamental de todos los triunfos, Adolfo tenía que ser una víctima sacrificada por los egoísmos de cuantos le rodeaban.

Claro está que Adolfo no podía ser de otro modo, y seguía sometido a su destino sin hacer nada por modificar su condición ni su vida.

Amor donde se cifraban todos sus amores era una niña, preciosa y encantadora criatura, que era para Adolfo todo lo del mundo. Por ella, todos los sacrificios y martirios le parecían pocos, y por ella, ¿qué humillación no soportaría?

Todo era felicidad, ventura y calma para Adolfo cuando llegó a la fábrica donde trabajaba uno de esos hombres torvos, violentos, desconsiderados y crueles que basan toda su grandeza en humillar y mortificar a los que consideran débiles.

Colocado en un punto superior, no tardó en fijarse en el pobre Adolfo, al que tomó como blanco donde hacer recaer todas sus violencias. Martirizándolo constantemente con sus insultos y censuras, no le perdonaba la bondad de su corazón ni la dulzura de su alma. El necesitaba a su lado "hombres", entendiendo por tales a los que fuesen como él. Por consiguiente, no tardó tampoco en llegar el momento en que planteó la cuestión de confianza al Consejo de Administración de la fábrica, exigiendo el despido del pobre Adolfo, que no era agresivo, ni vil, ni pendenciero, ni valentón.

El Consejo aceptó la propuesta de aquel miserable, y Adolfo fué despedido.

¿Para qué decir la traegdia que empezó entonces para el desgraciado? Creyendo en un principio que podría hallar trabajo en otra parte, se dedicó a buscarlo con obstinación. Poco a poco fuése convenciendo de que no le hacían caso en ninguna casa, porque era lo que todos decían:

—¿Para qué sirve un hombre tan bueno, tan trabajador y tan modesto?

Rodando y rodando llegó un momento en que vió que el hambre amenazaba no sólo a él, sino a los suyos. Y entonces se rebeló, y entonces sintió nacer en su corazón un hombre nuevo, pues, sintiéndose como nunca se había sentido, vió que todas sus antiguas cobardías se disipaban, para dejar lugar a una fiereza de que no se creía capaz. Y entonces tuvo un rasgo de soberbia, y fuése a buscar al hombre iracundo que tenía la culpa de todos sus infortunios.

Recibióle el aludido con un desdén que no se cuidó de disimular, y ante la insistencia del que creía un desventurado, llegó incluso a amenazarlo. Entonces Adolfo, con un verdadero valor que nace de la conciencia y de la desesperación, hundió su cuchillo en el corazón de aquel malvado, que caía como un cobarde.

Camino de la cárcel apenas pensaba nada. Dejábase conducir como un ser sin voluntad. Creyéndose ejecutor de una justicia suprema, nada le importaba nada. Era el vengador de todos los humildes, de todos los pobres y todos los buenas sacrificados por la inconsciencia y la cobardía de los que creyéndose fuertes no son más que unos seres viles cuya toda valentía consiste en abusar de los débiles.

La noticia, difundida rápidamente, no tardó en llegar a la casa del desdichado. Y entre lágrimas y gemidos de indignación y dolor, la pobre mujer, abrazada a su desventurado hijo, decía entre sollozos:

—Este es el crimen de todos los que confundiendo la bondad con la cobardía, enseñan a los pobres a vengarse y a tener lo que ellos llaman valor...

Juan LOPEZ NUÑEZ.

Las ideas innatas

¿Cómo adquiere las ideas el hombre? Esta ha sido una de las cuestiones más debatidas en el mundo filosófico desde los tiempos más antiguos hasta los más modernos. La opinión en favor de las ideas innatas no es una cuestión nueva: la han sostenido con el mayor ardor hombres tan grandes como Sócrates y Platón, fundándose en que los métodos de la enseñanza no eran más que un auxilio para el alumbramiento intelectual; es decir, que no las producían, sino que las ayudaban a salir del sitio donde estaban; mejor dicho, las hacían nacer, diciendo que pensar era recordar. Estas doctrinas las apoyaban con el ejemplo de los niños cuando se les enseñan los rudimentos de alguna ciencia; por ejemplo, la Geometría, que con sólo procurar que desenvuelvan reflexiva y ordenadamente sus ideas sobre las figuras que se les fueran ofreciendo adquirirían un conocimiento exacto de las mismas. Conocido es aquel principio de Aristóteles: "Nada hay en el entendimiento que antes no haya estado en el sentido". Esto demuestra que el filósofo de Etagira no admite las ideas innatas, y, por consiguiente, no explica nuestros conocimientos por meras reminiscencias, sino establece el principio de que todos nuestros conocimientos provienen de la sensación. El alma la considerá como una tabla rasa en que nada hay escrito hasta que se produce la acción de sentir, y ésta se despierta con una actividad independiente de toda idea, elevando los materiales de la sensación al intelecto, que es el que las engendra, dándoles vida hasta encontrar el criterio de verdad.

Es claro que aquí no se trata de condensar las doctrinas sensualistas de Locke, ni tampoco las de Condillac, que rayan en la exageración, ni buscarlas por el inmenso desarrollo a través del espacio y del tiempo, como pretende Hegel, sino establecer el principio sobre el origen de nuestras ideas.

En las ideas, muchos creen ver un principio de casualidad, por el cual aseguraban la permanencia de las mismas, y no es así. Hay en todas ellas producción y desarrollo. La sensación las produce; el entedimiento las desarrolla por medio de la reflexión, hasta hacerlas más o menos perfectas. La fuente de todas las ideas es la experiencia; en ella se halla el fundamento de todos nuestros conocimientos. El número infinito de observaciones hechas sobre objetos sensibles o sobre las operaciones del alma, que percibimos con la reflexión y el sentido íntimo, nos proporcionan todas nuestras ideas.

Cuantas tenemos dimanan de la sensación y de la reflevión. Luego si dejamos por sentado este aserto; que es el más racional, y que de modo alguno puede rechazarse en buena filosofía, porque sería derribarla por su misma base, resulta que las ideas innatas jamás habrán existido.

Manuel CODORNIU.



¿Cuál fué el espíritu frívolo que me dijo que en Génova no valía la pena permanecer sino el tiempo preciso de fijarse un itinerario de viaje? Desde el día en que desembarqué fuí conquistado por la belleza de la ciudad y de sus alrededores. Recuerdo aún las tarjetas postales que escribí ese día, titulándolas: "Primer día de encantamiento".

Harto de ciudad como llegaba, en seguida de almorzar tomé un tramway que se dirigía a Nervi, sin saber con seguridad qué era eso ni dónde quedaba. Y pocos instantes después se iniciaba el encantamiento. De pronto nos vemos a una altura de veinticinco metros, sobre un puente monumental, atravesando la magnífica Avenida 20 de Setiembre, que se extiende a nuestros pies, flanqueada de grandes edificios con pórticos. A la derecha hemos dejado la medioeval iglesia de San Esteban, construída entre los siglos XII y XIV, y a la izquierda, en el fondo, se abren en anfiteatro los montes que rodean a la ciudad y le forman un admirable marco verde. Génova se nos presenta ya bajo su aspecto pintoresco exterior y nos conquista. Poco después nos mostrará su interior, no menos pintoresco.

Seguimos nuestro viaje en la contemplación muda de la ciudad, con sus jardines, sus villas, sus grandes casas rientes, que se desarrollan ante nuestros ojos asombrados en una sucesión de decorados siempre diversos. Hasta que, inesperadamente, sentimos que el aire es más fresco y al darnos vuelta nos encontramos con la maravillosa sorpresa de un tranquilo lago azul.

Es el Mar Lígure, que nos ofrece el singular espectáculo de su famosa Rivera de Levante.

No exageran de ningún modo los que afirman que los paisajes de esta costa pueden sostener la comparación con los más bellos del mundo; a cada rato presenta nuevos aspectos e incomparables perspectivas. A la altura de Santa Margherita, de Rapalo, de Portofino, la belleza del panorama y del color de la mar es tan sugestivo, que conmueve hasta la lágrima. Aquí en Italia se comprueba que las bellezas de la natura leza, cuando son exageradas, nos impregnan de misterio, nos acercan a la creencia. La contemplación continuada de estos maravillosos espectáculos, tiene que arrastrar forzosamente el espíritu hacia el misticismo.

Después de la emoción de una puesta de sol contemplada desde la Avenida que en Nervi se extiende a lo largo de la mar, regresamos a la ciudad, ya noche entrada. La montaña, envuelta en sombras, empieza a iluminarse, aquí y aculá, con pequeñas y lejanas lucesitas. Nueva y profunda emoción. (Estrellitas que parpadeais en la montaña en cada una de vosotras he dejao una parte de mi ser!)

Hasta ahora Génova nos ha impresionado por su aspecto pintoresco y de gran ciudad moderna, con su magnífica Avenida 20 de Setiembre y sus espléndidos Corsos, anchos, bien expuestos al sol, ya rectos ya de curvas continuadas, todos con grandes edificios multicolores, aislados entre jardines. Pero fuera de lo pintoresco, esto nos acerca a América. Y lo que queremos conocer es lo típico de la ciudad, los viejos cuarteles del puerto, con sus calles estrechas, estrechísimas, algunas de un metro de ancho, con sus casas altísimas y su olor particular. El sol no entra jamás en esos vericuetos y las ropas, tendidas en cuerdas, sobre la calle misma, dan, con su diversidad de colores, un tono alegre y carnavalesco a los sombríos pasajes.

Una gran parte de los portales, de mármol blanco o piedra negra, ostentan el símbolo de San Jorge, patrono de la ciudad. Aquí, perdidos entre el vericueto de estos callejones que se entrecruzan, sentimos una nueva emoción. A cada paso, en cada boca-calle, sobre una puerta, en un muro cualquiera, tropezamos con una obra de arte magnífica, que está ahí desde hace cuatro, cinco, seis siglos, cubierta de polvo, expuesta a la indiferencia de las miradas de los que vven en este siglo en el que el arte va muriendo poco a poco. En ninguna ciudad de Italia hemos sentido tanto como en ésta, el abandono, la soledad de tanta maravilla. En las otras hay centenares de turistas que abren la boca ante los monumentos, guiados por un cicerone que a la disparada va aparentemente justificando las liras que pretende; pero aquí, debido al errado concepto que se tiene sobre Génova, parece uno un ser de excepción, en medio de la vida febril de esta ciudad laboriosa. Los portales artísticos, los bajorrelieves, los cuadros, las estátuas, se suceden, sin intervalos.

En esta parte de la ciudad se encuentran también las iglesias más antiguas, algunos del siglo X. Lástima que casi todas han sido modernizadas, lo que significa, mal restau radas. La Catedral de San Lorenzo, magnífica iglesia romana del siglo XII, transformada en los siglos XIII y XIV bajo la inspiración del estilo gótico, fué todavía modificada (léase destrozada), para adaptar la al estilo Renacimiento. Y así en casi todas las iglesias y palacios de Génova. Así el palacio San Jorge, edificio gótico del siglo XIII, fué "restaurado" en el año 1890; sobre la fachada que mira al mar, se pintaron frescos reproduciendo los que tenía en 1606. Actualmente, parece un telón de teatro mal pintado.

En la plaza San Mateo se encuentra la iglesia feudal de la familia de los Doria, que data del año 1125. Pasando bajo una arcada, a la izquierda de la iglesia, se penetra en un hermoso claustro gótico del siglo XIV. Allí encontramos, adosadas al muro, dos colosales estátuas de los Doria, destrozadas. Una inscripción recuerda a los ciudadanos su destrucción y las recomienda a su cuidado. Sucias, llenas de letreros, se mantienen aún en pie, debido a su solidez. Ya que todos estos edificios no se pueden convertir en monumentos nacionales, que sería lo mismo que declarar inhabitable la mitad de la ciudad, ¿por qué no trasladar a los Museos tanta obra de arte que se está perdiendo sin que nadie las cuide?

El Palacio Ducal, comenzado en 1291, también deconstruído y restaurado, conserva, sobre una callejuela lateral, la Torre del Pueblo, del siglo XIV. En uno de sus muros vemos dos grandes lápidas de mármol, dedicadas, una a Joanin Paolo Balbi (1650) y otra a Raphael de Turrio (1672), escritas en latín, en las cuales se ofrece a la execración de las generaciones la obra malvada realizada por estos dos malos hijos de la ciudad. Bello ejemplo, digno de imitarse en nuestras democracias que tantos hijos dignos de estas lápidas han producido.

Al pie de la colina de San Bartolomé de Staglieno en la rivera derecha del torrente Bisagno, se encuentra el famoso Cementerio de Génova. Fuera de su magnífica posición, que le da el aspecto de un riente jardín, su riqueza ornamental no responde a su fama. En las galerías, repletas de monumentos, colocados sin interrupción, unos al lado del otro, tropezamos a cada paso con obras de mal gusto. Fácilmente se destacan del montón, las pocas obras realmente dignas de tenerse en cuenta. Sobre la colina, en medio del follaje, se divisa un monumento muy simple, pero grandioso e imponente en su misma simplicidad: la tumba de Mazzini, el Gran Genovés, que desde ahí contempla su amada y encantadora ciudad que perezosamente se extiende al pie de las altas colinas que dominan el mar.

Alfredo BIANCHI.

El viejo café

En la dulce penumbra que nos envuelve parece que nuestro espíritu se va aquietando. El viejo café influye en nuestra alma de tal manera, que volvemos a los tiempos mozos de la bohemia. Si recordar es vivir, nosotros estamos viviendo intensamente, pues ante nuestros ojos va desfilando toda una existencia inquieta, impaciente y atormentada. Nos vemos en los principios de nuestra vida literaria, llenos de ambición y de locura, urdiendo planes fantásticos en otro café igual; luego evocamos días felices de amor, pasados junto a una Mimí crédula y apasionada; más tarde, la realización de muchos de nuestros sueños... El viejo café sigue siendo el mismo. Todavía subsiste en algún barrio apartado de este Madrid que cambia constantemente, y todacía no ha muerto el espíritu que al vieja café animara. Las generaciones mozas recibirán en él ese bautismo de inquietud que a todos nos hizo luchadores, y se repetirá la historia, la eterna historia de todos.

¡Cuántas idealidades se sintieron y se perdieron en el viejo café cálido y obscuro!... ¡Cuántas obras geniales se planearon en él, y qué pocas llegaron a terminarse! En la disipación de nuestras energías espirituales todo fué cayendo, absolutamente todo. Sólo quedó el recuerdo, el triste recuerdo que nos asalta en el tranquilo café donde, queriendo estar a solas, estamos más en compañía que nunca, porque es toda una vida—espejo de otras muchas—la que allí vemos.

Hasta el amor sigue siendo el mismo. Las nuevas parejas que contemplamos son las de siempre: viven su novela juvenil y encantadora, como las de antaño... La losa de los sueños caerá también sobre sus almas, sofocándolas. Pero ¿qué importa? La vida sigue, aunque el hombre muera, y en la continuación de la vida está la repetición eterna del mismo canto que nunca cesa...

¡Viejo café de bohemia y de aventura; viejo café de amor y de romanticismo! ¡Bendito tú que conservas el encanto de aquellos días que se fueron!

Juan LOPEZ NUÑEZ.

Los paladines de la verdad

En el Grace Hospital de Detroit (Norte América), ha muerto el ilusionista Harry Houdini a poco de ser operado de apendicitis.

Recientemente, el ilustre doctor Lafora con motivo de otro ilusionista español todavía neófito, hubo de aludir al célebre Houdini, encareciendo tanto sus condiciones específicas de taumaturgo como su altruista y tenaz tarea de desenmascarar a los que inverecundamente medraban ejerciendo el ilusionismo.

Vivió, cuentan sus panegiristas, más que envanecido de su propio mérito, para servir a la verdad, no permitiendo la taumaturgia sobrenatural, ultaterrena. Conocedor como ningún otro ilusionista de los trucos profesionales, le era fácilmente asequible desvirtuar con experimentos convincentes las argucias de los que prevalecían al amparo de los crédulos e incautos. Allí donde un ilusionista promulgaba que su ciencia era por lo esotérica obra de Dios o del diablo, allí estaba la maravillosa verdad de Hondini descubriendo los amaños del embaucador y arrojándole, ante la desilusión de los espectadores ya apercibidos de lo deleznable de sus procedimientos, al foso del descrédito y el olvido.

A nosotros, confesamos, no nos asombra en Houdini su ciencia taumatúrgica—él declaraba paladinamente, aun en perjuicio de su fama, que su profesión nada tenía de inaccesible al esfuerzo natural del hombre, sino que era un resultado total, una suma de pacientes estudios y especialísimas aptitudes corporales;—su poder aparentemente oculto y desconcertante para desasirse de irrompibles cables de acero expertamente ceñidos y anudados a su cuerpo, evadirse de celdas herméticamente tapiadas, vivir días y días, sin más aire renovador que el de sus pulmones, en una fosa recubierta con una profunda capa de tierra, paralizar repentinamente su corazón durante varios minutos sin perder, en tal lapso de tiempo, el ritmo visible de la vida... que todo ello, al fin, es juego de circo, puro histrionismo; lo que de Houdini despierta en nosotros admiración es su reiterada pleitesía a la verdad, la diosa inviolable.

Nada de milagros espectaculares con que sobornar la conciencia de los papanatas e ignaros; nada de gestos y palabras de avispados faquires que, convirtiéndose en leyendas, vayan después, como los granos de arena, amontonándose para sepultar bajo su mole de montaña abrumadora a las míseras generaciones que los adoptaron como norma ineludible de su espíritu.

La vida de Houdini, en pertinaz controversia con los falsos adalides de su profesión, con los solapados sofistas impugnadores de la verdad, rememora en nosotros otra vida, más ilustre, sí, pero no más sincera: la de Renán, aquel tozudo y generoso bretón que empleara la luenga jornada de sus años en replicar ininterrumpidamente y razonadamente a una leyenda asaz sojuzgadora, absorbente, de diez y nueve siglos.

Fernando LOPEZ MARTIN.

Literatura deportiva

La literatura deportiva está de moda. Se le dedican líricas, novelas, encuestas, números especiales de revistas, como el de "Le monde Nouveau", "5000" de Dominique Braga "ha hecho furor" — como suele decirse en cierta jerga. Creemos, sin embargo, con Jean Bernier, en su contestación a una consulta de "Le Journal Littéraire", acerca de "los gustos y tendencias de la literatura contemporánea", que "la literatura deportiva más parece provocada por un oportunismo comercial debido a los juegos olímpicos, que por una necesidad verdadera". Agrega luego: "En nuestro tiempo de materialismo agudo, el deporte, como por otra parte el erotismo, puede permitir encarar en forma nueva las relaciones del espíritu y el cuerpo, volverse un medio de investigaciones psicológicas, una especie de instrumento para desemboscar lo inconsciente".

Adviértase que Jean Bernier es un sportman excelente, discóbolo, saltarín, podista.

xx

Marinetti y el teatro italiano

Sostiene Marinetti, en "L'Ambrosiano" de Milán, que "todo el teatro joven italiano actual, el cual ha barrido con justicia el teatro verista y el d'annunziano, sería un teatro futurista si no estuviese recargado de psicologismo y filosofismo". "Este joven teatro italiano — continúa — nunca habría osado sus audaces compenetraciones de lo real y lo irreal, de lo serio y lo grotesco, ni sus simultaneidades de realidad y visión, ni sus escenas de objetos inanimados, a no haber impuesto todo eso a las multitudes italianas nuestro teatro sintético futurista".

Lo urgente, siempre según Marinetti, es combatir en el teatro el psicologismo en sus diversas formas:: 1o. el psicologismo cientifico-documentario-pasatista; 2o. el semi-futurista a la parisiense, fragmentario, afeminado, ambiguo; 3o. el italiano, que disfraza de futurismo sus análisis macizas, abogadiles, pesadas, funerarias, moralistas, profeorales, pedantescas; y en cambio, y de acuerdo con el espíritu italiano, siempre según él propone dos nuevas formas de teatro de su invención:

1o| La síntesis abstracta alógica de elementos puros que presenta al público sin psicología las fuerzas de la vida en movimiento. La síntesis abstracta es una combinación alógica y sorprendente de bloques de sensaciones típicas.

2o. La síntesis táctil muscular deportiva mecánica sin psicología.

Quedan enterados nuestros comediógrafos.

xx

Preferencia literaria

Por lo visto en Rusia se prefiere el verso a la prosa. Así lo afirma el poeta ruso Wladimir Naiakovsky, que ha vendido ya más de un millón de volúmenes de sus obras.

Wladimir Naiakovsky, nacido en 1894, es a la vez pintor y poeta. Actualmente dibuja los textos que edita la Publicidad Nacional. Pero no siempre ha sido bien visto en las esferas oficiales y bajo el régimen zarista sus ideas le valieron el ser expulsado de la Academia. A los diez y seis años conoció por primera vez la prisión. Pero sus desventuras políticas no retardaron ni limitaron su obra. Entre sus volúmenes de poesías, deben citarse (publicamos los títulos en francés, idioma en que nos son comunicados): "Ne Nuage Culotté", "La Guerre et l'Lnivers", "L'Homme", "La Colonne Vertébrale", "Flute", "De cela", Cent cinquante millions". El último poema de Naiakowsky, Lenin, aparecerá en breve en Rusia. Autor de un gran número de versos satíricos, Naiakovsky ha colaborado en la mayor parte de los diarios y revistas rusas, y además ha hecho representar dos piezas. La segunda, titulada "Mysteria Bouffe", que, como su sumbre lo indica, es una mezcla de misterio y bufonería, se ha dado con éxito en toda Rusia.